

JAVIER MARENCO

ADYNA

(Una historia de amor y sintonía espiritual)

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2015

Los conceptos espirituales son tomados del libro “Ojalá te sirva” y fuentes citadas en él.

Contenido y corrección a cargo del autor.

Ilustración de tapa: Natalina Marengo.

Impreso por Editorial Dunken

Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal

Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300

E-mail: info@dunken.com.ar

Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11. 723

Impreso en la Argentina

© 2015 Javier Marengo

e-mail: ojalatesirva@yahoo.com.ar

Web: www.ojalatesirva.com.ar

ISBN en trámite

LA INTENSIDAD DE UN SUEÑO NO ASEGURA SU CONCRECIÓN.

MUCHOS SON LOS FACTORES QUE INCIDEN

PARA QUE SE VEA CUMPLIDO O NO...,

PERO COMO NO LO SABEMOS, ENTONCES:

¡¡¡SOÑEMOS!!!

Finalmente, las profecías del fin del mundo para 2012 se cumplirían... al menos para mí.

Abruptamente, la vida me cambió en un instante; así, de pronto, como si nada.

Fue el comienzo del fin de una larga e importante etapa de mi vida. El fin de compartir el viaje con quien yo había elegido para construir uno de los tantos mandatos sociales: formar una familia.

Yo ni siquiera intuí en el desánimo que podía caer, tampoco supe si la vida me iba a dar alguna oportunidad para resurgir.

Así nomás, como si nada; un buen día, su planteo de alejarse. La mujer que por años había sido mi esposa, pareja, compañera... no tomaba esta determinación superficialmente. En estas decisiones hay un proceso interno que toma tiempo. Lo que Nadya me estaba comunicando era su resolución ya tomada. Claro que había un motivo muy fuerte que la impulsaba a tener el valor de enfrentar todo lo necesario para empezar a transitar su nuevo camino.

Apareció en mi mente una revolución de pensamientos.

Busqué “la solución” intentando clarificar cuáles habían sido mis errores, los errores de pareja, para encontrar la forma de corregirlos y evitar el desenlace que yo no deseaba. En este punto y por la confusión que me estaba provocando el planteo inesperado de Nadya, no tomaba conciencia de lo irrevocable de la situación.

Yo ni siquiera tenía claro qué debía corregir. Busqué alternativas de convivencia, se las planteé; pero fue como querer retener el agua entre los dedos. Ella tenía una decisión tomada y no había retorno. ¿El motivo fundamental? No hace falta una gran imaginación, no son tantos los

motivos para la separación de una pareja. Lo que le pasaba a Nadya, no era la excepción... y se fue de casa.

Supe que yo empezaba a transitar un camino muy difícil; y que fuera más corto o más largo dependía de mi propia capacidad de aceptación, recuperación, perdón, sanación...

Empecé una terapia psicológica; se acercaron amigos, conocidos, familiares para apoyarme. Surgieron nuevas y ricas amistades que empezaron a formar parte de este otro tramo de vida que vendría. Todo me sirvió y se mimetizó con el dolor que me provocaba el duelo de esa ruptura dura, difícil. Y si bien yo sabía que muchos ya habían pasado y pasarían por lo mismo, y que se supera... esta vez me estaba ocurriendo a mí, y no me era fácil reconocer el aprendizaje que esas vivencias me estaban brindando.

Desde muy joven me interesó saber acerca de la existencia del espíritu, y sobre qué pasa antes de nuestro nacimiento, durante nuestra vida y después de que morimos. A lo largo de mi vida busqué y encontré hermosas respuestas en distintas fuentes de aprendizaje y en muchas experiencias realizadas.

Había aprendido, por ejemplo que yo, Juan, soy simplemente un personaje, un rol en la vida presente, y que esta vida es un pequeño recorrido dentro del largo camino de la existencia de mi espíritu. Entendí que venimos a vivenciar, a aprender; y que todo lo que sucede en la vida, tarde o temprano, cobra sentido. Que no hay que preguntarse “¿porqué me pasa esto?”, sino “¿para qué me pasa esto?”

Pero en esa etapa de crisis en la que yo estaba inmerso, todos estos conocimientos me hundían aún más, porque me reprochaba a mí mismo: “¿Cómo no puedo superar esta situación de angustia? Si sé que lo que debo hacer es aceptar y aprender, dado que esta es tan solo una de las tantas vidas en las que mi espíritu ha encarnado. Pero claro -me decía-, en este presente soy Juan, tengo emociones, egos que son difíciles de controlar, es natural que no pueda aplicar, todavía, en mi propia vida todo lo que sé”. Entonces, me permitía aceptar cada sentimiento tal como surgiera

en cada momento. Realmente, la experiencia de ruptura fue como si un terremoto me hubiera pasado por encima y como tal, había dejado ruinas. En aquel momento, yo tenía que edificar sobre nuevas bases.

Mis amigos me frecuentaban.

Hablaban mucho más que yo intentando sonsacarme algo más que monosílabos. Por las noches de los fines de semana me arrancaban del encierro para ir a tomar una copa a algún bar o, entre semana, inventaban una cena para acortarme los tiempos de soledad.

Me conocían, sabían por dónde andaba mi cabeza... y me bancaban.

De a poco, y conforme pasaba el tiempo, fui incorporando más “acción” a mi vida. Sabía que tenía que asirme de lo que fuera: a veces me servía una charla, una cena, participar de algún taller de mi interés, un viaje, deportes... acciones que en distintos momentos fui realizando.

Mis estados de ánimo fluctuaban, pero si se busca salir, entre tantos intentos es seguro que aparecerá “la ayuda”, que tendrá la fuerza suficiente que se necesita para emerger.

Ya había entendido que lo que me había pasado era el final de una etapa, sabía que todo final da lugar a algo nuevo, y que uno es el único responsable de lo que vaya a crear a continuación.

Pasaron unos seis, siete meses.

Recuerdo que una noche de bar, como tantas otras, estábamos sentados con mi amigo “el Negri” en una mesa pequeña compartiendo charlas y una copa de Malbec. Sentado de espaldas a la pared, frente al pasillo que está antes de la barra-mostrador, “el Negri” a mi derecha.

Y de pronto la vi... y todo alrededor se detuvo... no había más música, ni murmullos... solo ella, entrando como iluminada y en cámara lenta.

Nos conocíamos del trabajo. Cuando es preciso, yo intervengo en distintas oficinas de esa misma repartición a la que ambos pertenecemos.

Ya me había fijado en ella tiempo atrás, pero entonces, ni siquiera le había dado cabida en mi imaginación: yo estaba casado.

Me vio, me paré, nos saludamos con un beso. Nunca habíamos charlado más allá de lo lógico de la relación laboral-social que teníamos.

¡¡Estaba increíble!! Nunca la había observado con los ojos de la libertad... ni tampoco había mirado con demasiada atención su apariencia física... Eran su rostro, sus ojos, su mirada calma, su energía lo que me hizo verla especial.

Se sentó en la mesa de al lado, de frente y a mi izquierda. Estaba a menos de un metro.

La sentía como un imán. Y sin invadirla, cuando podía, observaba su rostro y su sonrisa. Creo que lo percibió porque estábamos de frente y a corta distancia.

No podía recordar su nombre (algo raro por cierto). Estaba absorto ante su presencia; y por primera vez, desde hacía meses, tenía mi cabeza ciento por ciento fuera del duelo que estaba transitando y que tanto me atormentaba.

Me dirigí a ella, con mi mano izquierda toqué su brazo, que estaba apoyado sobre la mesa, para llamar su atención, y le dije:

–Recordame tu nombre

–Adyna –me respondió.

–Adyna, tenés una sensualidad increíble.

–Gracias –me dijo, sonriendo con delicadeza y mirándome a los ojos.

No volví a hablarle en toda la noche, pero me sentía muy bien estando tan cerca de ella y también, al notar que había tomado de buen modo lo que le había dicho.

Esperaba poder encontrarla pronto en el trabajo, en la calle, u otra vez, porqué no, en el bar y poder estar juntos.

Y llegaron las oportunidades. Ella siempre amable, dedicándome su mirada mientras saludaba; y hubo encuentros, charlas de trabajo o circunstanciales, pero nunca ninguno de los dos hizo referencia a aquella noche en el bar.

Mi mente comenzó a volar. Ella comenzó a ocupar espacio y tiempo en mi cabeza, había despertado un sentimiento en mí muy especial... mi capacidad de enamorarme estaba íntegra a pesar del dolor que transitaba y eso era bueno para empezar a sanar.

Pensar en ella me ayudaba a ocupar mi mente con pensamientos luminosos que reemplazaban a aquellos oscuros que venía trayendo casi en forma permanente por esos días.

Entonces, procuré verla, cruzármela, aunque fuera solo eso. Ella es reservada y solo demostraba simpatía, amabilidad; pero tampoco eludía las charlas cuando se daba la ocasión.

Mi sentimiento de amor crecía, y el solo hecho de imaginar que me relacionaba con ella, me ponía bien.

Era mucho lo que me atraía; no precisamente por su apariencia, porque hasta ese presente, en realidad no la había observado en detalle... lo que me enamoraba de ella iba más allá de lo físico.

El día que supe que tenía novio, se me opacó la ilusión. Pero no me duró mucho la desazón que me provocó la noticia: mi mente buscó artilugios para ver posible mi acercamiento a ella de forma leal.

En realidad, yo sabía poco de Adyna. Algún que otro dato que me daban personas conocidas en común, que hablaban de su integridad y su buen carácter, pero nada más... ni siquiera sabía qué tipo de relación tenía en su noviazgo, ni cuánto tiempo llevaban juntos.

Una tarde, me llamó por teléfono mi amigo Manu. Él me acompañó desde el primer momento de mi separación; es más: nuestra amistad se afianzó a partir de ese hecho puntual en mi vida... Es de los buenos amigos. Ciertamente, estaba al tanto de todo lo que emocionalmente me estaba sucediendo con Adyna.

Atendí la llamada, me hizo algún comentario acerca de una cena que íbamos a compartir y sin más me dijo:

–Amigo, me enteré de algo y tengo que decírtelo... ¿Sabés quién se casa el mes que viene?

–No

–¡¡Adyna!!

¡¡No podía creerlo!!

Pensar en la posibilidad de estar con ella me había sacado del dolor que había generado mi crisis. Eso era bueno, pero... lo triste era que ya había empezado a enamorarme de ella... ¡y ahora esto!

Mis percepciones a lo largo de mi vida han sido certeras, me guían y hasta a veces me “han dicho” cosas que tal vez hubiese sido mejor no saberlas... Y lo que mi percepción me decía sobre ella, era acerca de lo especial de su ser, de su energía, de su vibración... pero, la realidad me estaba golpeando otra vez, me dejaba sin chance, sin poder intentar nada.

En este momento crucial de mi vida experimenté el Tarot. El Tarot es una baraja de naipes que suele ser utilizada como medio de consulta e interpretación de hechos pasados, presentes y futuros. Se dice que los ángeles están detrás de él... Yo sé que el futuro nadie lo conoce excepto Dios, pero es cierto que desde los planos espirituales y/o angélicos hay una perspectiva mayor y pueden interpretarse las cosas con mayor grado de certeza.

Conocí a Ji (tarotista-astróloga-periodista), participando de unos talleres que brindó en la ciudad. Más tarde, pude concretar una cita con ella y saber en qué consiste una lectura de las cartas del Tarot.

En estos temas solemos encontrar gente sin escrúpulos que tienen como prioridad lucrar. Ji es un hermoso ser y desde un principio confié en ella. Además, tenía la premisa de analizar luego el mensaje que las entidades angélicas daban a través de las cartas que Ji leía; es lo que uno debe tener en cuenta: el contenido del mensaje y la forma en que es expresado. Esto es clave para discernir cuán veraz puede ser.

¡La lectura personal fue genial! Reveladora, llena de augurios, certera. Me orientó mucho y me dio cierta calma que estaba necesitando. Me dijo cosas muy precisas sobre mi personalidad, mis sentimientos y mis pensamientos, sin conocerme ni conocer mi vida previamente.

Algunos augurios se cumplieron tiempo después, pude comprobarlo.

Respecto de la pareja sus palabras fueron:

“Vas a tener una pareja, puede que empieces en secreto con ella o quizá muy lentamente... pero viene una pareja para ti... no es tu prioridad en este tiempo, tu prioridad es conectarte contigo, es retomar tu poder interno. Cuando estés más completo y armónico, se va a abrir el tema de la pareja”

Mi estado emocional en ese momento no era el más conveniente para estar en pareja. ¿Cómo podría entregarle a alguien lo mejor de mí en este estado? Y si le agregábamos que Adyna estaba casada... la situación daba para hacerme desistir de la posibilidad de concretar cualquier sueño con ella. Pero yo asocié lo que me dijo Ji como un tiempo largo de espera... Esperar es tener esperanza de conseguir lo que uno desea -me decía-, y me contenté con esto para seguir soñando.

Transcurrió casi un año desde que Adyna se había casado.

Lejos de olvidarme de ella, mi mente seguía creando nuevas posibilidades de futuro.

Mi vida era tan incierta, el futuro tan desconocido, incluso el más inmediato... Tenía claro que aún lo posible más cercano para mí estaba lejos... De todos modos, no dejaba de fantasear.

Debían aparecer en la relación de Adyna con su marido motivos de alejamiento, ruptura, dolor, duelo; más tarde, estabilidad emocional, un volver a creer en el amor, sentir, conocerse, enamorarse... y todo esto -se sabe- lleva tiempo. Pero es posible. De hecho forma parte de la realidad de muchas personas, y ¿por qué no podría ser la mía?

Mi imaginación se las arreglaba para recrear y reinventar la forma en que podría acercarme a su vida.

Mis escritos acerca de lo espiritual plasmados en mi libro editado años atrás, me dieron la posibilidad de acercarme a gente nueva y de entablar con algunas de ellas una relación de amistad, aunque corta en el tiempo muy intensa y de mucho valor. Esperaba que me sucediera lo mismo con Adyna; era una buena posibilidad.

Me había sucedido con Marcia. Con ella habíamos entablado una linda amistad a raíz de que se me acercó buscando alivio en las explicaciones que yo pudiera darle y que le ayudaran a entender su vivencia, la peor que pueda pasar una madre. Una mujer de increíble fortaleza (de hecho Marcia significa guerrera), de quien aprendí mucho. Ella buscaba la forma de trascender su dolor, no de escaparle. Nos hicimos amigos, confidentes; compartimos momentos cuando se da la ocasión,

todos gratos y de gran afinidad: Marcia es de las personas que uno cree conocer de toda la vida.

El deambular de mi trabajo, el trato diario y reiterado a través de los años, genera en este ir y venir un vínculo de confianza y una relación amistosa y de aprecio mutuo con las distintas personas con las que interactúo.

Algunos sabían de mi libro y no faltaba la ocasión de que alguien me realizara alguna consulta al respecto y yo, ávido de charlar de estos temas, intentaba transmitir lo que podía cuando se daban esas oportunidades.

Cierta vez ocurrió algo así en la oficina donde trabaja Adyna (casualmente o causalmente ella no estaba). Dicen que las casualidades no existen y que solo existe la causalidad; que hay una causa, un motivo por el que las circunstancias se dan de una determinada manera.

Entre quienes escuchaban estaba Caty. Caty había empezado a leer mi libro tiempo atrás, sin haberlo terminado. Esta charla renovó su interés y fue así que retomó su lectura; y a raíz de esto vinieron las consultas. El acercamiento generó un lazo de amistad muy fuerte con esta mujer bella por dentro y por fuera.

Cierto día me invitó a tomar unos mates en su casa para compartir conversaciones. Fue muy lindo el rato vivido, con charlas que fueron desde temas como la evolución del espíritu, hasta el sinceramiento sobre nuestras vidas... Fue como una terapia mutua, pero gratuita.

Por mi reciente separación acarreaba mucho dolor y se notaba mi tristeza.

Desde su perspectiva, por haber vivido esta misma experiencia años atrás, Caty aportaba con sus palabras.

Le confesé que mi capacidad de amar y sentir estaba intacta, porque me estaba pasando algo muy fuerte desde lo mental y emocional con una mujer, a quien ella conocía, que estaba casada. Adyna y Caty

eran compañeras de oficina, pero yo no la nombré... le dije que cuando fuera el momento le revelaría quién era.

Este tipo de secretos despierta mucha curiosidad en una mujer, pero la moderación de Caty hizo que no indagara ni insistiera por mi respuesta.

Solíamos tener encuentros con Caty, charlas de paso en la calle. La ciudad es pequeña, el ámbito de trabajo el mismo y los encuentros con conocidos son reiterados y frecuentes. Es común que uno se cruce dos o más veces en un mismo día con la misma persona.

Pasaba el tiempo y yo siempre tenía algo con qué alimentar “mi sueño”. Estaba muy lejos de descartarlo. Sabía que era un sueño muy loco, casi improbable de cumplirse, pero la posibilidad cero no existía en mi cabeza. Entonces, seguía manteniéndolo.

En uno de esos encuentros callejeros con Caty, ella me consultó:

–¿Sigue casada la mujer de tus sueños?

–Sí, sigue casada -era lógico que fuera así, apenas llevaba algo más de un año en ese estado-; pero Caty no sabía de quién se trataba.

–Y tus sentimientos hacia ella, ¿siguen igual?

–No, mi sentir no es el mismo... En realidad creció, porque mis deseos y fantasías lo hicieron crecer –respondí.

–¡Ah! ¡¡Tenés fantasías!! –rió Caty.

–Sí... pero no en la cama –reí también. - Es más bien platónico. Imagino una relación desde la afinidad, la compatibilidad, con un amor recíproco.

–Esa mujer te está pegando fuerte Juan; hay que estar muy enamorado para sentir y pensar de la manera que lo hacés.

–¡Es que la percibo tan especial...! Es un solcito –respondí.

–¿Tiene hijos? –inquirió Caty.

–No, ¡los va a tener conmigo!

La respuesta la sorprendió, y se rió de mi decidida aseveración.

En realidad, la afirmación de Juan no era una respuesta reflejo. Él había evaluado esa posibilidad.

Si el matrimonio de Adyna prosperaba y ella deseaba ser madre, pues lo sería y adiós sus ilusiones.

Pero en el hipotético caso que se separara, se fijara en él y quisiera ser madre... se había preguntado: “¿Estaría yo dispuesto a aceptar y enfrentar el hecho de volver a ser padre y con otra mujer?”

Todo cambia –pensaba Juan- y recordaba lo que decía un antiguo filósofo, Heráclito: *“Lo único constante es el cambio”*. Años atrás no existía en la cabeza de Juan la posibilidad de interrumpir su vida junto a quien había elegido y era madre de sus hijos. Sin embargo, eso había terminado: hoy era un hecho. Tampoco se veía con hijos habidos con otra mujer. Tenía muchos conocidos en esta situación y le parecía que él no podría salirse del molde, de su estructura y poder afrontar una vida en estas condiciones. Hoy estaba viviendo situaciones que nunca en su vida creyó que iba a experimentar, lo que lo llevó a reflexionar acerca de que las personas potencialmente están en condiciones de afrontar cualquier desafío que la vida les presente. Separaciones, accidentes, enfermedades, necesidades, muertes de seres queridos...

Entonces sí se veía teniendo hijos con una mujer que amase; sí se veía padre nuevamente, disfrutando de toda la renovación que aporta un nuevo ser; sí se veía sumando más familia a la que tenía...

En realidad, este amor platónico en crecimiento exponencial me ayudaba mucho; mi mente se alejaba casi por completo de las imágenes y recuerdos de mi relación anterior. Sabía que por momentos fantaseaba más de la cuenta, pero me servía. Es hermoso tener sueños... más aún si

uno está despierto. Pero también sabía que tenía que hacer mucho más que soñar para salir de la crisis.

Nada alejaría mis pensamientos de ilusión con Adyna, a quien idealizaba cada vez más: era mi meta; y cuando uno tiene una meta debe preguntarse: “¿Qué estoy haciendo hoy para alcanzar esa meta?” Responderse y hacerlo.

Mi gran limitación era su condición de casada, mis valores no iban a permitirme ir muy lejos. Pero la fuerza de atracción que yo sentía era irresistible, y no era pasión o deseo de noches de placer o querer tenerla íntimamente; esto era completamente diferente, estas cosas son como el viento, se sienten mejor de lo que pueden explicarse, entonces... ¡¡algo debía hacer!!

Eran hermosos esos días en los que teníamos algún encuentro... Ese día, en su oficina, manteníamos con Adyna una charla sobre generalidades, y en un momento en que no la comprometía, le dije:

–Sabés Adyna, a veces las personas podemos ayudar a otras sin siquiera enterarnos... Vos me ayudaste.

–¿Sí? –inclinó levemente la cabeza, levantó las cejas dejando ver su sorpresa y me regaló su tierna sonrisa de siempre.

–Sí, un día voy a contártelo.

–Bueno, ¡dale! -me respondió manteniendo la sonrisa que de algún modo mostraba su apariencia gozosa.

Intenté dejar abierta la posibilidad de alguna oportunidad de un encuentro en donde pudiera manifestarle mi sentir, o que en algún cru-

ce, su curiosidad la llevara a preguntarme: “¿En qué te ayudé?” Pero esto nunca ocurriría; su condición siempre estaría limitando el modo de manejarse, no me daría ninguna señal de interés estando casada. Los silencios eran una característica suya para manifestar su discreción y nobleza.

Hubo varios encuentros más de esta naturaleza, en lo laboral; pero como ella no indagaba y yo no obligaba, no surgía “ese momento” que yo tanto deseaba.

Los hombres nos ponemos bastante tarados cuando nos enamoram. Podemos ser pícaros y entradores con alguna conquista ocasional, pero cuando estamos frente a la mujer de la que estamos enamorados, se nos acaba la espontaneidad y hasta actuamos de forma poco natural. Lo bueno es que una mujer sabe esto y puede captar nuestro verdadero sentir; pero a veces, solemos no escapar del papel de pelotudo.

En un siguiente encuentro en su oficina -en este caso compartido con otras tres personas más con las que charlábamos- les dejé conocer a quienes aún no lo sabían (entre ellos Adyna), acerca del libro que había escrito; y le dejé a ella una tarjetita en donde figuraba mi sitio web, desde donde podía descargarlo... Mi táctica era generar una relación más fluida, más estable y no dejar que el azar se encargara de esos encuentros aislados sin continuidad. Si leía mi libro, algo más podría ocurrir; quizás fuera un comienzo, como había acontecido con otros lectores.

Pero yo sabía que los temas espirituales llegan a las personas en el momento que tiene que ser, no antes. Además, yo solo proponía; nunca impondría nada.

Mi sueño crecía.

Hubo días en que llegaba a tener la certeza de mi sueño cumplido, y ese día lo transitaba sereno, esperanzado, sin apuros... porque sabía que el momento iba a llegar y yo lo valoraría tanto, tanto, que el disfrute sería pleno. Me ponía eufórico y eso generaba en mí buena vibra. Era un indicativo de que era bueno lo que estaba pasando, más allá de que fuera tan solo por la imaginación. Jamás soñé tan intensamente estando despierto, jamás deseé algo para mí estando tan enfocado; y si eso de decretar lo que queremos funciona, entonces decreté: “Que la realidad supere mi ficción”.

Así eran a veces mis días eufóricos. Ahora, cuando perdía mi fe y me centraba en la realidad del presente, solía quedar endeble y caía bajo, muy bajo, con mis emociones deshilachadas. Era como una montaña rusa: subir lento y esforzado, caer estrepitoso...

En el plano concreto, no tenía nada; pero sus silencios disparaban aún más mi imaginación, porque tampoco había un NO.

Razonaba con optimismo y me decía: “Juan, si es para vos, va a enamorarse de vos y será hermoso”... y me decía también: “Pero no puedo limitarme solo a esperar”... Entonces me dije: “Haré lo que debo, lo justo, lo correcto, lo que es preciso hacer: **HACERLE SABER LO QUE SIENTO POR ELLA**”.

Era decisión tomada, ahora: ¿Qué le diría? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿De qué forma me acercaría a ella?

Una batalla mental estalló en mi cabeza. Estaba casada, ¿Cómo iba a acercarme a una persona comprometida? ¿Con qué derecho podía hacer algo así? Pero... ¡¡algo tenía que hacer!! ¿Cuál era el límite?

Pasaban los días y en mi cabeza fluían decenas de palabras para expresar lo que sentía, pero no definía nada.

Tampoco quería que fuese un encuentro casual en el que le manifestaría mi sentir; no quería parecer un oportunista de ocasión: nada más lejos de mi voluntad.

A esta altura, no sabía si estaba enfocado en lo que quería o estaba obsesionado.

Solían pasar muchos días sin que la viera... eternos. Por ahí, un encuentro fugaz, un saludo, una mirada y nada más.

Una noche, en ese mismo bar de aquel primer encuentro, estaba yo de copas con amigos. Casi sin espacio para moverme; estos lugares se colman cuando están de moda.

De pronto, me llamó la atención el movimiento de alguien que se paraba y salía de una de las mesitas que estaban escondidas detrás de tanta gente... ¡¡Era Adyna!!

Estábamos a escasos tres metros, pero no nos habíamos visto. Tomó en dirección hacia mí, nos saludamos con un beso y siguió... Apenas nos dijimos un: “Hola ¿cómo estás?”

Lo cierto es que pudo haberme evitado saliendo por otro costado, o tan solo ignorarme; entre tanta gente me habría quedado la duda de si me había visto o no.

Poco tiempo después, estaba otra vez ahí, en la mesa, con sus amigas. Se quedó de pie, al alcance de mi vista.

La sorpresa me paralizó. No se me ocurría una puta palabra para entablar diálogo, no pude acercarme a ella... Me sentí un boludo.

Seguramente, no iban a presentarse muchas de estas ocasiones: ¡una mujer casada, saliendo sola!

Yo sabía que no era el lugar ni el momento para decirle lo que sentía, pero debí haberme acercado a ella para charlar y compartir al menos un rato. Me quedé muy mal y sin la posibilidad de haber disfrutado lo que seguramente hubiera sido un lindo momento.

Este sueño con ella me hacía la vida más dulce, más soportable. Había aprendido que **la idea de un sueño es lo que comienza a crear la realidad**; y que sin sueños, no es posible ninguna realidad. Jamás le

puse fecha de vencimiento a mi ilusión, porque el hecho de que hoy no se vislumbrara posible, no implicaba que mañana no pudiera cumplirse.

De todos modos, el no encontrar la manera y el lugar para hablarle de mis sentimientos, me hacía entrar en un estado de ansiedad y de duda. Pensaba que tal vez no debía hacerlo.

Por momentos, la realidad me abrumaba, me desilusionaba, me lastimaba e intentaba despojarme de mis sueños... Por momentos, no sabía si desistir o no.

No me era fácil lidiar con las emociones negativas, que se generaban con solo pensar en la idea del sueño irrealizable. Entonces: “¿Para qué verlo así?”, me decía. Sea fantasía o sea el camino por recorrer para que se cumpla, es lo que me mantiene vivo; y decidí vivir “la locura de un sueño antes que una cuerda realidad”.

Me alimentaba de las señales que la vida me iba dando en distintos momentos y que aprovechaba cuando estaba atento.

Paulo Coelho dice en *El Alquimista*: “*Siempre antes de realizar un sueño, el alma del mundo decide comprobar todo aquello que se aprendió durante el camino. Es para que junto a nuestro sueño, también podamos conquistar las lecciones que aprendimos mientras íbamos hacia él. Este, es el momento en que la mayoría desiste*”...

No es fácil conquistar lecciones como el abandono, la soledad, el desapego, el desamor, el amor no correspondido... Sabía que aún me faltaba recorrer mucho, pero venía aprendiendo mis lecciones. Entonces: ¿Por qué desistir?

Otras lecturas me recordaban lo importante de las experiencias vivenciales y lo irremplazable de sus lecciones. Leía:

*“Solo se sabe de hambre después de haberlo tenido,
Solo se sabe del frío después de haberlo sentido,
Solo se sabe del dolor físico después de haberlo padecido,
Solo se sabe de la soledad después de haberla vivido,*

Solo se sabe de la angustia después de haberla sufrido... la vida suele tener que darte 'empujoncitos' para mantenerte en movimiento".

En otro libro que leía por esos días encontré la frase: “*Cuando se trata de sentimientos, hay que expresarlos sin esperar aprobación ni medir consecuencias*”.

Era lo que necesitaba para salir de la duda, para actuar y para aceptar que todo llega cuando tiene que llegar.

Entre mis lecciones por aprender también estaba la de saber esperar; debía conocer con precisión el momento exacto; no adelantarme ni un segundo a lo que pudiera acontecer.

Con mis amigos debatíamos esto. ¿Por qué nos resulta tan difícil “vivir el momento” en nuestras vidas y no ir más allá de él? ¿Por qué esperar a que acontezca algo gratificante en nuestras vidas para estar bien? Si al fin y al cabo, aunque ocurriese, luego será pasado.

Manteníamos lindas charlas con Manu y “el Negri” y coincidíamos en que **los momentos no permanecen, transcurren**; y en el mejor de los casos, solo pueden ser vividos si nos centramos en cada presente.

Yo reflexionaba: la vida es impredecible; e intuía o deseaba que sucediese algo inesperado que le diera ese viraje que anhelaba. Con mi separación yo estaba viviendo una situación así, desde lo doloroso, claro... y ¿por qué no podría, ahora, darse a la inversa?

Me decían mis pensamientos: **“Todo puede ocurrir, el futuro nadie lo conoce**; lo que sí sabemos es que lo que uno hace en este presente va definiendo el futuro, porque **invariablemente lo que hagamos hoy crea nuestro futuro”**

Yo sentía que el hecho de focalizar mi actitud, mis pensamientos y mi espera, contribuían a crear el momento en que encontraría a Adyna. De lo demás –en caso de ser posible- se encargaría el universo, quien estaba enterado claramente de mis deseos.

Apenas comenzaba el domingo y era el día de mi cumpleaños. Había ido a un bar nuevo con Manu y otro amigo a probar algunas tapas y algún trago.

Camino a sentarnos, ya habíamos elegido una mesa afuera, sobre la vereda. Había tres chicas ocupando otra mesa. La reconocí, estaba de espaldas. Era ella: Adyna.

Claro que no era el momento ni la ocasión para abordarla, pero ¡qué regalo de cumpleaños fue verla! Y recibir su sonrisa y un beso en el saludo. Sólo cruzamos unas pocas palabras, pero el hecho me trajo a la memoria aquel encuentro en el bar, y tenerla otra vez cerca me hizo volver a volar. Mi amor platónico se nutría de nuevas fantasías.

Imaginarme estar compartiendo la vida con esta mujer silenciosa, medida, sensual, femenina, con una mirada que dejaba ver su alma, me ponía eufórico. En verdad, su encanto era su presencia, su modo.

Yo sabía que los espíritus afines suelen ir evolucionando juntos a través de distintas vidas con distintos roles; y también, que aquellos que vibran en sintonías similares se atraen... y este imán potente que tenía hacia ella seguramente tenía su razón de ser en una afinidad más allá de esta vida.

Yo sentía que “estaba en el horno”. No importaba cómo se desarrollase la historia. Cuando la atracción es energética, no hay vuelta atrás, el sentimiento no muta, permanece más allá de las circunstancias.

Cada vez que la veía, cada cruce, me decían que eran “acercamientos a ese encuentro”, a esos diez minutos de encuentro en soledad con ella, donde podría expresarle todo lo que sentía.

Corría el tiempo y no se daba la ocasión del encuentro.

Alguien, una mujer que me conoce, me miró fijamente a los ojos a muy corta distancia, entendió mi esencia y se la hizo conocer a una mujer más joven que yo, bella, con la que nos besamos tiernamente y entendimos nuestra unicidad. Fue una agradable y profunda experiencia... corroboré que no era sueño... finalmente desperté.

Era la primera vez que soñaba con ella estando dormido...

El lunes, tenía que hacer un trabajo programado en su oficina.

El domingo por la noche, cuando me acosté, pensé cómo sería ese encuentro: un saludo, unas miradas, algunas pocas palabras y nada más.

Luego, imaginé cómo querría que fuera. El sueño me iba venciendo y se mezclaba lo consciente con lo inconsciente.

En un momento, intempestivamente, me sobresaltó la imagen clara, amable, fugaz pero cierta, de mi abuela materna, fallecida años atrás. Interfirió en mi sueño semiinconsciente con Adyna y la sentí como un mensaje referido a ella... pero, ¿cómo debía interpretar ese mensaje?

Por la tarde tenía sesión de terapia con mi psicóloga. Ella solía preguntarme por mis sueños, le gustaba interpretarlos. Yo no le ofrecía muchas oportunidades de hacerlo, pues no soy de recordar mucho mis sueños. Pero justamente había soñado la noche anterior. Y al evocar el

sueño, recordé la última visita que había hecho a mi abuela enferma, que estaba internada.

Ella no se comunicaba verbalmente desde hacía ya un tiempo. Yo iba a visitarla, le hacía un rato de compañía y le hablaba, más allá de sus silencios.

Estábamos tomados de la mano, y al momento de despedirme, cuando ya le estaba diciendo “chau”, sorpresivamente me miró a los ojos y me dijo: “Es temprano”; solo eso.

Fueron las últimas palabras que me dijo y también fue mi última visita, porque falleció un par de días después.

Tomé esas palabras como un mensaje para mi vida: “Es temprano”. Lo asocié con mi ilusión con Adyna, porque irrumpió en mi sueño con ella. Entonces dije: “Sí, es temprano”; hay tiempo, hay posibilidades.

¿Quién me impediría soñar? Por infantil que fuera, por ilógico que pudiera parecer, o por la distancia que implicaba su condición de casada, o por lo que fuera... me repetía: NADA ME IMPIDE SOÑAR.

Sin este sueño la vida se me hacía vacía; entonces no dejaba que la desesperanza alcanzara mis sueños, ni que la realidad le ganara, porque la realidad es cambiante. Los sueños, en cambio, “están ahí” para ser alcanzados.

A veces, cambiaba “el cómo” llegar al sueño variando la estrategia mental para lograrlo; pero él siempre estaba ahí, nadie podría con mi sueño excepto yo mismo.

Sentía que estaba bueno recorrer el camino feliz. Al fin, de no cumplirse, habría vivido feliz en pos de él.

Una mañana, desperté pensando en ella. Tuve un fuerte impulso de escribir. Sentí la necesidad de volcar todas las emociones y sentimientos que me invadían en esos días de ansiedad; y en unos pocos minutos escribí:

NADA ME IMPIDE

Cuando la realidad de hoy
Deja al descubierto mi ilusión
Por otros caminos de mi mente voy
Vislumbrándola posible

¿Cómo viviría hoy si tuviera la certeza
De que mi sueño un día
Transmute a realidad?
¡¡Viviría feliz, viviría feliz!!

Nada me impide visualizar lo que quiero
Nada me impide soñar despierto
Si a toda realidad primero hay que imaginarla
¿Por qué no imaginar tenerte? Si **hoy sos mi sueño**

Si hay amor, hay dolor
Antes o después
Cuando hayas aprendido de esto
Elegirás libre; desde tu madurez

Ni siquiera sé lo que pasará hoy
El mundo gira sin certezas
Y porque **nada es imposible**
Con mis sueños... ¡¡por vos voy!!

Uno de los escritores que solía releer, me recordaba a través de sus páginas un tanto amarillas:

“Cada vez que uno da vuelta una hoja de un cuaderno, aparece una página en blanco, nada hay sobre ella por más que hayamos escrito mil palabras anteriormente. En el cuaderno de nuestra vida cada renglón, cada página que sigue la escribimos nosotros mismos, uno decide qué va a escribir de su propia historia. La única certeza es recorrer el camino”

Había estado leyendo acerca de lo que son las afirmaciones. Afirmaciones que uno puede hacer en forma verbal o escrita referidas a algo que desea que se cumpla. No es que sean mágicas e infalibles, pero es cierto que el universo “conspira” para cumplir nuestros deseos, si es que están disponibles y no están vedados, para que ninguna causa se interponga a los aprendizajes que debemos concretar en nuestra vida.

También es cierto que una afirmación que repetimos una y otra vez durante cierto tiempo, crea un patrón mental que nos mentaliza positivamente y nos ayuda en el sentido de concretar lo que deseamos.

No soy muy adepto a estas cosas, pero el gran deseo y la gran ansiedad que tenía de concretar “ese encuentro” me llevaba a intentar lo que fuera.

Entonces me dije: “Confío en que hoy es el día del encuentro”. Y lo repetí durante ese día, cada vez que recordaba que debía hacerlo.

Al día siguiente lo mismo, desperté y comencé a pronunciarla. Ese mismo día no aguantaba más. Me inventé una actividad en su lugar de trabajo y me fui hasta allí con la intención de decirle que tenía que hablar con ella. Corría el riesgo de que se negara (ella podía intuir que debía protegerse de lo que yo pudiera decirle), pero ya no soportaba esperar.

Llegué, hice firmar unos papeles que usé como excusa de mi visita; y ahí estaba ella. Charlaba con tres compañeras acerca del trabajo. No

pude hacer nada, solo fue el saludo y un contacto visual, corto pero intenso. Yo no iba a comprometerla.

Me volví desilusionado, pensando: “Hoy tampoco va a ser el día”... pero después me consolaba: “¿Quién sabe, no? ¿Quién conoce el futuro?”

Siempre trataba de verla. Entonces, pasaba una y mil veces por la zona de su trabajo o por los lugares que sabía que ella frecuentaba. Siempre estaba intentando generar la ocasión de verla.

Ese mismo día, al mediodía, fui al kiosco de la esquina. Cuando estaba llegando, la vi venir por la vereda de enfrente. Se me paralizó el corazón.

Nos miramos (vimos que nos vimos), pero no nos saludamos (ya lo habíamos hecho horas atrás en su oficina). Dobló y siguió su camino.

Entré al kiosco, compré quién sabe qué cosa, y cuando salí la seguí con la vista; me aseguré de que se dirigía adonde yo suponía. Iba por su almuerzo a un par de cuadras, lugar en el que solíamos encontrarnos. Estaba vestida de beige y negro; hermosa, sensual como siempre. Tuve tiempo; hasta llegué a pensar que tampoco sería esta la oportunidad para acercarme a ella. Pero enseguida me dije: ¡¡No seas cagón!! ¡Esta es la oportunidad!

Tenía mi auto estacionado en un lugar por donde ella, de regreso, tendría que pasar obligadamente.

Esto tampoco era azar, lo había hecho decenas de veces anteriormente. Me subí al auto a modo de escondite y esperé. Los minutos se me hacían eternos, sentía latir el corazón en mi garganta.

La vi venir y cuando me aseguré que ella ya no podía cambiar de vereda, salí del auto sin que lo percibiera y caminé en dirección a ella.

Interrumpí su marcha, nos detuvimos, hablamos del calor de ese día y de alguna otra cosa que no recuerdo. Mi mente estaba centrada en el objetivo y esta era la oportunidad.

Sin más le pregunté:

–¿Nunca quisiste saber en qué me ayudaste?

Su respuesta fue gestual: una dulce sonrisa, levantó los hombros, las cejas y asintió...

Yo estaba muy emocionado, creí haber escuchado un “sí” muy suave, aunque también pude haberlo imaginado.

Comencé a decirle:

–Sabés, hace un tiempo me separé. Fue una decisión unilateral de mi ex; fue un golpe sorpresivo y duro para mí.

–Sin dudas debe haber sido muy duro.

Ella mantenía la mirada firme y serena, directa a mis ojos; su expresión relajada me transmitía la paz que yo necesitaba para afrontar ese momento.

–Se acercaban las fechas de los cumpleaños de mis hijos –proseguí-, las Fiestas... La estaba pasando muy mal.

–Sin dudas, momentos muy difíciles.

–Y aquella vez, cuando te vi en el bar, realmente fue especial; y no por lo bonita y sensual que sos. Lo que me atrapó de vos es tu energía... eso me hizo sentir. A pesar de mi dolor, pude sentir que estaba vivo y que tenía intacta mi capacidad de enamorarme y de amar. Luego mi cabeza voló un poco imaginando una linda historia con vos, pero días más tarde me enteré de que te casabas en poco tiempo.

También su respuesta fue gestual, fue como un: “Y sí, lo hice”. Interpreté que no había demasiada conformidad en ese gesto que me dio como respuesta.

–Esa noticia fue un golpe de realidad y me hizo poner los pies en la tierra..., pero bueno, fijarme en vos me sirvió para “sentir”. En eso me ayudaste.

–Qué bueno que te ayudé.

–Me hiciste pensar que puedo ir por la vida con la esperanza de encontrar...

Y al unísonos dijimos:

–Una mujer para vos.

–Una Adyna para mí.

Y todo esto te lo digo porque lo siento así, porque me debía a mí mismo tener el valor de expresarte mis sentimientos; y porque nadie conoce el futuro: ni vos ni yo sabemos qué va a pasarnos en los próximos diez minutos.

–Sí, claro.

–Solo sé que a cualquier realidad primero hay que imaginarla para alcanzarla, soñarla... y vos, Adyna, hoy sos mi sueño.

Sentí que esto particularmente le encantó; su sonrisa vergonzosa quitando sus ojos de los míos por primera vez, con un leve movimiento de la cabeza hacia abajo.

Y seguí:

–Adyna, esto no es ninguna propuesta, solo quise expresarte mis sentimientos; y lo único que espero de vos es que comprendas lo que siento y que, por favor, no dejes de regalarme tu sonrisa o de saludarme en nuestros próximos encuentros... Yo no voy a darle ninguna interpretación.

–Por supuesto, todo está bien.

–Gracias por escucharme.

–Gracias por decírmelo.

Nos dimos un beso y, cuando estábamos despidiéndonos, le dije:

–Además, sos mi musa inspiradora. Un día me levanté pensando en vos y escribí algo a modo de canción o verso... y yo no escribo esas cosas. Si querés, un día te lo alcanzo.

–¡¡Me encantaría!! -me respondió con una sonrisa y nos alejamos.

Quedaba pendiente entonces volver a acercarme a ella para entregarle “Nada me impide”.

Supo que no fue un encuentro casual: así quise que fuera.

¡Qué hermoso momento vivido! Recién había ocurrido y ya lo sentía como un sueño, me parecía mentira haber podido expresarle tan ampliamente mis sentimientos.

Me quedé con la sensación de haber dado el paso que tenía que dar y, fundamentalmente, me encantó su reacción, incluso superó mis expectativas. Sentí que había hecho lo que estaba a mi alcance camino a mi sueño.

Desde aquel tiempo de la separación de mi esposa, de angustias y duros aprendizajes, ¡¡este era el día más feliz de mi vida!! Había quedado eufórico, con alegría y eso me indicaba que lo hecho era lo correcto.

Adyna es muy intuitiva. Ella, -por lo que Juan le iba sugiriendo, sus miradas, sus modos- percibía que, en algún momento, él se le acercaría; lo que no intuyó es el modo en que lo haría.

La afirmación: “Confío en que hoy, es el día del encuentro”, le había dado resultado a Juan en el segundo día de repetirla.

La noche del mismo día del encuentro con Adyna, hablé por teléfono con Caty. Cada tanto lo hacíamos para saber uno del otro y compartir ratos de charlas, siempre amenas.

Ella tocó el tema del amor que yo sentía, diciéndome que debía hacer algo.

¡Qué conexión! Apenas hacía unas horas había estado con Adyna.

Entonces le conté lo mínimo. Le dije que ese día la había buscado, la había encontrado y que había podido decirle lo que sentía; solo eso, sin ningún tipo de propuesta.

Yo todavía no le había revelado la incógnita de quién era la mujer de mis sueños.

Caty me preguntó:

–¿Cómo reaccionó?

–Estuvo calma: me escuchó con atención, con sonrisas, amabilidad, y noté que en un par de ocasiones, lo que le decía le estaba llegando a la parte más profunda de su interior.

–Si aceptó tan bien lo que le planteaste, es que ella no está tan bien con su pareja.

–¡Qué alentadora opinión, eso me carga de ilusión!... Pero sé que tengo que calmar mi ansiedad... aunque muero por saber lo que pensó o lo que pudo haber sentido.

Yo sabía que nada de esto era a corto plazo. Ella estaba casada; además, no nos conocíamos en profundidad; y más allá de la gran atracción que ejercía sobre mí y mis percepciones, yo mismo no podría haber asegurado que una relación con ella funcionaría.

Yo tenía muy presente eso de que **“el universo provee”** y **que “todo lo que tenga que ser va a ser”**; sabía del poder de “mantenerse enfocado” en lo que uno pretende..., pero no era nada fácil estar parado en la realidad actual.

Nunca había influido con mi mente tan intensamente para que algo ocurriera en mi vida. Pensaba que tal vez, los grandes soñadores que cumplieron sus sueños, los soñaron con esta misma fuerza con la que yo estaba soñando.

La gran medida de Adyna, sus silencios, su modo de actuar, hacían que la idealizara. Ella era el símbolo de lo que yo pretendía como compañera de vida. Pensarla, me hacía sentir psíquica y emocionalmente muy bien (ella no tenía ni idea del lugar que ya ocupaba en mis sentimientos).

Un día de la semana siguiente a nuestro encuentro, fui a su lugar de trabajo y sin comprometerla -siempre era cauto en eso-, le entregué “Nada me impide”.

Lo recibió con una suave sonrisa y pronunció un “gracias” mirándome a los ojos.

Cuando lo leyera, iba a apreciar la carga emocional que contenía ese sueño plasmado en unas palabras, con mis sentimientos abiertos de par en par. Estaba manuscrito y, al final, la fecha en que lo creé.

Sentí, en aquel presente, que todo estaba hecho. Ir más allá no hubiera sido correcto; debía saber esperar y que los acontecimientos y las señales hicieran su parte.

Nada había surgido desde aquel día. Pasaron un par de semanas hasta poder encontrarla nuevamente luego de haberle entregado “Nada me impide”. Fue en ese sitio donde solíamos comprar nuestro almuerzo. Yo estaba solo; ella, con un grupo de compañeras de trabajo a las cuales yo conocía. No daba lugar para nada, solo el saludo con un beso, sonrisas y cargadas acerca de lo haraganes que éramos por el hecho de no cocinarnos. No había habido respuesta alguna, pero tuve la sensación que lo dicho en el encuentro y el contenido del escrito había jugado a mi favor y que ella valoraba el modo moderado de mi accionar.

El hecho de su simpatía en el trato, de no rechazarme ni ser esquiva a las miradas o a las charlas, hablaba de que al menos se había sentido halagada. En este punto, seguramente Adyna ya tenía una idea de lo yo sentía por ella.

Le estaba dejando mi impronta.

Nunca me manejé por impulsos; había evaluado si decirle o no todo aquello. Pensé una y mil veces si lo haría o no... ¡¡ella estaba casada!!

Me había planteado:

Si ella está bien con su pareja y lo ama lo suficiente, ningún viento va a moverla, porque nada te mueve si estás bien parado... Ahora, si le provocaba algo, sería porque su relación no era del todo estable. Es más: llegué a pensar que de ser así, el saber mis sentimientos podría hacerla reflexionar respecto de su pareja; y no para que necesariamente se fijara en mí, sino tan solo servirle de herramienta para afrontar una realidad que pudiera estar viviendo. Yo sabía que muchas parejas viven una vida chata, llena de mentiras, hipocresía, engaños... y entendía que nadie merece esto. Merecemos vivir plenos, disfrutando de un amor recíproco, transparente; y no vivir en un conformismo por conveniencia, comodidad o costumbre, hundidos en una mediocridad que apaga la vida.

Mi existencia se estaba adaptando a los cambios que las circunstancias me proponían. El sueño con Adyna me había alejado del dolor inicial; y de a poco, fui retomando actividades que tenían que ver con mi búsqueda espiritual, cuestión totalmente relegada en los primeros meses de mi crisis. Pero es sabido que en estos asuntos, uno saca solo boleto de ida.

Ya había escrito y publicado mi libro de índole espiritual, en el que había volcado los aprendizajes y experiencias personales hasta entonces. Me guió la sola intención de compartir todo aquello, pero lejos estaba de mí cerrar con esto mi interés por lo existencial.

Entonces, seguí experimentando con las lecturas de mis registros akáshicos a través de una persona a quien había conocido tiempo atrás; yo había comprobado personalmente su gran capacidad mediúmnica para traducir conceptos desde el mundo suprafísico o espiritual.

Manu no había leído mi libro ya mencionado; no obstante, se interesaba por algunas particularidades de los espíritus, como el hecho de la forma en que ellos pueden comunicarse con este mundo físico. Compartiendo un rato con él en casa, le relaté que iba a hacerme leer los registros akáshicos. Tuvo curiosidad por ello:

–Y... ¿De qué trata eso? ¿Qué utilidad tiene?

–En realidad, para que lo entiendas, debería explicarte algunos puntos –le respondí.

–Y sí... dale.

–Bien... Esto de que somos un espíritu experimentando una vida humana, ya lo hemos charlado.

–Sí.

–Entonces, a través de las distintas vidas en los distintos cuerpos en los que encarna un espíritu, este intenta cumplir misiones, aprendizajes, vivencias...

–Sí, te sigo.

–El estar encarnado le brinda al espíritu la posibilidad de experimentar el mundo de los sentidos, cosa que no posee como espíritu; porque el espíritu “conceptúa”, no “siente”... Y en este sentir como humanos, podemos confundir un poco a nuestro espíritu y “oscurecerle el camino que eligió recorrer”.

–¿Cómo es eso de que “eligió recorrer”?

–Los espíritus recuerdan el recorrido de todo su andar, pero la parte encarnada en nosotros no tiene memoria reencarnativa, o sea, no recuerda lo vivido anteriormente. Es como una protección que tenemos para que podamos vivir algo más libres la presente vida.

–Y ¿cómo engancha esto con los registros akáshicos?

–Es que la sabiduría de nuestro propio espíritu es muy vasta y a través de la lectura de registros akáshicos, estamos entrando en esa historia, que es lo que precisamente son los registros. Esa historia, que como humanos no recordamos, si accedemos a ella puede ayudarnos a comprender una cierta vivencia que estemos pasando, o darnos una

guía para el momento presente, alguna información... incluso puede presagiarnos acerca de algo que pueda llegar a sucedernos.

—¿Como que... te adivina el futuro?

—No exactamente, solo Dios conoce el futuro. En realidad, un espíritu -por su mayor conocimiento y sabiduría- tiene una más amplia y mejor perspectiva; y es desde ahí de donde puede darte datos. Fijate este ejemplo: un hombre de campo sabe acerca del tiempo porque ha observado y experimentado mucho en ese contacto con la naturaleza, entonces puede predecir una tormenta con mayor precisión que un hombre de ciudad.

—Se entiende.

—Una lectura de registros puede ser muy constructiva; además, la información del historial de lo vivido por nuestro espíritu en general, no nos está vedada. Puede que algunas cosas no nos las digan, pero sí pueden decirnos todo aquello que no interfiera con nuestro libre albedrío o nuestro karma (nuestras lecciones por aprender).

—Vos ya fuiste una vez a hacerte leer los registros.

—Sí, hace unos meses.

—¿Y cómo te resultó? ¿Acertó en algo?

—¡Jaja! No es cuestión de acertar...; pero sí, Ana es muy buena en lo que hace, tiene buena mediumnidad y capta con fidelidad los conceptos que vienen del plano espiritual o suprafísico. Por ejemplo me dijo: “Hay como pequeños enojos lógicos; de que si uno “hizo bien los deberes” porqué determinadas situaciones”... Esto estaba referido a los reproches íntimos que yo le hacía a Dios por lo injusto que consideraba lo de mi separación. También me habló de “... un componente permanente de preocupación de mi madre...”, y quienes la conocemos sabemos de esta característica de ella. Se refirió acertadamente sobre ciertas características de mis hijos... También me dio pautas acerca de temas personales por sanar en mi vida... Estuvo muy buena la lectura.

Aquel segundo encuentro con Ana tuvo muchos augurios.

En aquella ocasión, mi visita tenía como objetivo consultar mis registros akáshicos para intentar aclarar lo que me estaba pasando con Adyna, y ver la posibilidad de tener algún dato... algo que me diera esperanza, ilusión, y que me sacara de ese estado de total incertidumbre y agobio psíquico.

La sesión empezó amena, como siempre. Ana me transmitía -según recibía información- acerca de superar esta experiencia de la separación y me pronosticaba que pronto iba a centrarme en mi "profesión- misión". En silencio y con un gesto le resalté la inscripción impresa en la remera que yo llevaba puesta, que dice: "MISSION". ¡Nos reímos a carcajadas!

Después de escuchar, pude preguntar. Mi planteo fue:

-Me cuesta estabilizar mi estado emocional; todo es una mezcla que tiene que ver con terminar por aceptar, soltar y perdonar lo relacionado con mi separación. Pero lo que más me aturde es lo que siento por una persona por la que tengo un sentimiento muy especial. Me conozco, esto lo sentí en muy pocas ocasiones de mi vida, sé que es especial y... me intriga saber cómo me ve, cómo me siente...es algo que en este presente no es posible...

-¿Quién te lo dijo? Me dicen acá...

-Es que ella está comprometida.

-¡Existe el divorcio! -los dos reímos-. Tenés que resolver esta lucha interna; en los próximos meses vas a notar cambios, vas a poder discernir sobre esta historia de amor... ¡¡Lo que sentís es fuerte... y poderoso!! Sentís que con eso jugás con fuego... en realidad, jugás con amor.

-Y, fui hasta donde pude.

-La otra parte le queda a ella, la decisión es de ella y la tiene que hacer en libertad y sin presión.

–Eso estoy dejando que ocurra.

–Ya sembraste en ella algo, sembraste como un sentimiento. La relación ya es diferente y no puede ser la misma que antes... esto es lo que le está pasando... es más jugada de lo que creés... es cuestión de esperar para poder vislumbrar lo que pueda pasarte con ella.

–Esto es como un sueño que, por momentos, me ayuda...

–Y por momentos se transforma en pesadilla, me dicen acá... Es como motivador. No te olvides de DECRETAR... ya la semilla se la sembraste; hay que esperar que germine.

–Habrá que regarla un poquito, por si no llueve –reímos los dos-. ¿Hay afinidad con ella?

–Es una conexión nueva, vibran en sintonía; vienen de dos mundos en paralelo, pero tienen vibraciones parecidas; no se encontraron nunca... Nada parecido a lo conocido, es totalmente nuevo...

En su relato, siguió con un tema relacionado con mi propia capacidad de leer registros akáshicos y otros temas que tenían que ver con futuros viajes. Yo estaba satisfecho e ilusionado con las respuestas que había obtenido.

Sentí conexión con Ana, me quedé en paz, con felicidad... me quedé con la dulce sensación que me produjeron sus alentadoras predicciones.

Me aferré a esto con intensidad; me ayudaría a transitar los próximos días con una sólida esperanza, y aun, poder ver que mi sueño era realizable.

“No te olvides de decretar”, me dijo Ana... Decretar no es obligar, ni es seguro de que pueda cumplirse; pero cuando decretamos, le expresamos explícitamente al universo nuestros deseos y, de no haber inconvenientes por aprendizajes o cuestiones kármicas, un decreto puede “conspirar” para que nuestros pedidos se cumplan.

Entonces decreté: “En diciembre voy a besarte, Adyna”; “En diciembre va a comenzar nuestra relación de pareja”.

Corrió el tiempo.

La euforia de aquella sesión de lectura de registros se había apagado. **Todo cambia, nada es permanente.** Habían transcurrido tres meses desde que le había entregado “Nada me impide” y nada sabía yo acerca del efecto que pudiera haberle ocasionado. Esto me mataba de a poquito. Pasaba anímicamente por altibajos... a veces muy bajos. La realidad solía atacarme con la desesperanza que la lógica indicaba. Debía correr mucha agua bajo el puente para que, en principio, aflorara una etapa de conocimiento mutuo que diera lugar a un acercamiento con Adyna. Nada indicaba cambios.

Pensaba mucho en ella... mucho.

Y volvió a pasarme... Un día sentí un gran impulso de escribir y reflejar lo que estaba sucediéndome por esos días.

A este nuevo escrito lo titulé “Un puente”. Así como el anterior, me surgió y lo plasmé en pocos minutos. Fue una ráfaga de palabras que dictaron casi inconscientemente mis sentimientos. Habla de los momentos duros que genera el dolor y que uno, a veces, encuentra “Un puente” por donde cruzar, que sirve para que uno se corra del lugar donde está y que, si bien puede no saberse el destino que implica cruzarlo, nos saca de “las arenas movedizas” en las que a veces nos sumerge la vida: un puente es una oportunidad.

Ella seguía siendo mi musa.

Nos juntamos con Caty, como veces anteriores, a tomar unos mates.

Los mates son la excusa para compartir momentos con amigos, charlas de todo tipo: de pasatiempo, de confianza, de confesiones profundas, importantes, reveladoras. Muchas veces resultan tan efectivas como una sesión de psicoanálisis... pero gratis.

Las charlas con Caty casi siempre derivan a nuestras cuestiones personales, en las que nos apoyamos mutuamente.

Caty sabía lo que yo había empezado a sentir por esa mujer de mis sueños. Sabía que estaba casada, sin hijos; sabía que ella la conocía (porque yo se lo había hecho saber), pero no de quién se trataba; tampoco lo preguntaba porque es muy respetuosa y mesurada. Creo que ni siquiera podía imaginarlo.

Miré a Caty a los ojos y le dije: “Voy a contártelo... te voy a decir quién es la mujer de la que estoy enamorado”.

(No podía imaginar su reacción y sus dichos sabiendo que nos conocía a ambos).

Se lo revelé: “La chica de la que estoy enamorado es Adyna”.

¡¡Sorpresa total!! Hizo un silencio... y con toda su boca abierta tomó una bocanada de aire y la retuvo, como para absorber el impacto de la noticia que estaba dándole.

La conocía y mucho, más de lo que yo creía.

Lo primero que dijo fue: “Es un ser maravilloso y muy especial”.

Esto no hacía más que corroborar algunas de mis intuiciones.

Por medio de Caty, pude saber algunas cosas concretas de Adyna. Supe que su juventud se conjugaba con su madurez, madurez que contrastaba con cierto costado infantil de su esposo. Me dijo que se los veía bien, pero solo eso: bien. Sin decirme demasiado, pude saber algún que

otro detalle; y la percepción que me quedó es que Caty no veía en ellos una pareja con una relación idílica.

Además, si bien Caty entendía mi sueño como muy difícil, no lo desestimaba. Nos conocía a los dos y veía compatibilidades de personalidades, más allá de la diferencia de edades: ella treinta, yo cuarenta y siete.

Entendía que Adyna, seguramente, no había tomado mi acercamiento como algo ordinario; que mi postura, mi separación, el haber escrito sobre temas espirituales y la forma en que me había expresado -especialmente esto, el modo como le planteé mis sentimientos- era algo diferente, y que seguramente la iba a ayudar a crecer como mujer. Pero que evidentemente, Adyna no tomaría decisiones apresuradas.

Finalmente, Caty me agradeció que le revelara algo tan íntimo.

Era consciente de que mi sueño no estaba a la vuelta de la esquina; sabía que no era tiempo en ese presente, como tampoco era tiempo de desistir.

Me sentí bien después de la charla con Caty. A través de ella sentí a Adyna más cerquita, y eso me producía una linda sensación.

Yo conocía el contexto y lo difícil de que se dieran circunstancias en favor de lo que anhelaba; era casi imposible... casi... Si no fuera por el "casi", tendría que desistir; pero el "casi" deja abierta una posibilidad, y la posibilidad está porque nada es permanente, nada es definitivo, todo cambia... Y ahí estaba yo, intentando generar causalidad para torcer un destino "casi" definitivo.

Pasaban los meses. Mi amor platónico se afianzaba y en el medio: ¡nada! Solo cruzarnos de tanto en tanto, un saludo, una mirada que me aflojaba el cuerpo... Yo procuraba encontrarla, pero todo parecía conspirar para que no se concretara el más mínimo encuentro.

Ella, con su silencio eterno, tan eterno como mi respeto a su silencio.

Seguía siendo mi musa inspiradora

Otra vez me puse a escribir por ese impulso incontrolable que dan los sentimientos genuinos.

Escribí la primera estrofa de lo que llamé “Cerca de vos”: su mismo contenido frenó ese impulso. Se me hizo un nudo en la garganta, y con mis ojos empañados pude “ver” que “hoy” no podía tenerla... No pude seguir.

Pasaron varios días, no recuerdo cuántos, y el gran deseo de estar cerca de ella me llevó a completar aquel escrito trunco.

Al igual que los anteriores, no me tomó mucho tiempo. Naturalmente, en unas cuantas palabras volqué lo que me movilizaba por esos días.

“Cerca de vos” reflejaba mi espera, la esperanza, el deseo de compartir un amor recíproco con ella.

Tiempo atrás, había soñado que besaba a una mujer joven; y por las características del sueño no había otra opción de que fuera Adyna; pero no tuve la certeza de que lo fuera.

Esta vez fue diferente.

Soñé con ella... Era su carita, tenía una suave y delicada sonrisa... Nos besábamos tiernamente. Había gente alrededor y todos aprobaban ese beso: el consenso era total.

Me encontré con Caty y le conté este sueño. Se alegró y agregó:
“Seguramente yo estaba entre los que apoyaban ese beso”.

Desde que le confíe que Adyna era mi sueño, Caty lo vio como una relación posible (de no mediar la situación actual); y eso para mí era importante, era la visión de una mujer que sabía del amor, del desamor y que, además, nos conocía a ambos.

Me agobiaba tanta incertidumbre y me bajoneaba. Los vaivenes anímicos eran la característica por esos días.

Caty estaba al tanto de cómo iba sintiéndome. En ocasiones, de solo verme me “sacaba la ficha”.

Esa tarde no me había visto bien. Por la noche me envió algunos mensajitos que intentaban levantarme en lo anímico: “Me parece que el sueño no es imposible aún... tratá de acercarte y que te conozca más... Sos de otra madera, distinta de la del esposo; y el conocerte puede cambiar las cosas”.

Yo le respondí diciendo que me sentía tan lejos de ella, que me hacía tanto mal... A lo que Caty me escribió: “Es difícil, pero no imposible. Ojalá yo te sirva para acortar distancias. Te mando fuerza y un fuerte abrazo. Te deseo lo mejor y que esta noche se repita tu sueño”.

Ella sabía que al menos, con esto último, me había dibujado una sonrisa. Caty es muy sincera, no dice cosas por decir, en todo caso, las calla. Lo que había escrito en los mensajes era su parecer; y resultaron palabras alentadoras para mí.

Había pasado poco más de un año de aquel primer encuentro en el bar, y ya habían corrido cuatro meses desde el día en que le había declarado mis sentimientos de amor hacia ella.

Seguía sin tener referencia acerca de lo que le podían haber provocado o no mis intervenciones.

Me había dicho a mí mismo que no avanzaría más de lo que lo había hecho. No porque me faltaran ganas, sino porque consideraba que no debía hacerlo.

Pero... “el amor es más fuerte” y yo tenía esos dos nuevos escritos que ella me había inspirado... No iba a tragármelos.

Aquel día trabajé un rato en su oficina. Tenía que resolver un problema técnico de uno de sus compañeros. Después de un rato de estar ahí y en el momento adecuado, a solas con ella para no importunarla le dije:

–¿Sabés? Seguís siendo mi musa.

–¿Sí?

–Sí, me surgieron dos escritos más que me gustaría entregarte.

–Sí, claro... gracias.

–No los tengo acá, pero en cuanto pueda te los alcanzo.

–Bueno, dale.

Su sonrisa fue amable, pero me quedó la sensación de estar caminando por un hilo muy delgado.

Cinco días más tarde volví a su oficina; tenía que trabajar en varias máquinas, entre las que estaba la suya. Me había llevado los escritos. Esta vez, los había impreso en letra pequeña y los tenía abrochados y doblados en mi billetera.

La mañana estaba agitada y, mientras desarrollaba mi trabajo, estaba atento al momento en que pudiera entregarle los escritos.

La vi en su escritorio sola, dejé lo que estaba haciendo y, mientras iba hacia ella, saqué los escritos de mi billetera. Cuando llegué nos

miramos y, al estirar mi mano para alcanzárselos, le dije: “Ya no voy a romperte más las pelotas con estas cosas, que hasta tal vez sean un poco cursi... Pero tenelos, solo eso”

Recibí unas gracias, una sonrisa y nada más.

Volví a terminar lo que estaba haciendo.

Más tarde me tocó pasar por su escritorio. Me cedió el lugar, charlamos de lo que yo iba a hacer en su máquina y se fue a tomar un café.

Cuando empecé a trabajar, noté que encima de su escritorio estaba su celular y los escritos que yo le había entregado, tal como se los había dado: dobladitos y al alcance de cualquiera. Los escritos solo tenían la fecha en que fueron creados, no estaban firmados ni dirigidos a ella; pero me llamó la atención que no los guardara inmediatamente. No le importó que algún curioso los leyera o tan solo preguntara qué eran esos papelitos doblados. No pude interpretar el significado que pudiera tener... tal vez un día lo sepa. Por lo pronto, ahí estaban entregados en mano los escritos... y mi corazón.

UN PUENTE

Hay momentos duros
Donde el camino es incierto, cerrado
Cuando el dolor se hace eterno
Y la vida fugaz

Y hoy sos como un puente
Que permite transitar mi abismo
Un puente que encontré en la nada
Algo distinto, dulcemente esperanzador

No sé dónde me conduce
Ni qué me espera al otro lado
Solo quiero transitarlo
Es lo que tengo para salir de mi viejo yo

Ya del otro lado
No sé si estaré donde quiera
Pero estaré listo para recomenzar
Reinventarme, ¿que más si no?

Sos como un puente
Por el que pueden continuar mis sueños
Sos como un puente
Que da a mi vida una nueva oportunidad.

CERCA DE VOS

Sé que no es tiempo aún
Es tiempo de no ver
De esperar resultados
Deseados...inciertos

¿Cómo soportar esta distancia?
Natural, lógica
¿Cómo se puede extrañar
Aquello que nunca tuviste?

¿De qué se valdrá el universo?
Para estar cerca de vos
¿Como podré enamorarte?
Si no estoy cerca de vos

No puedo saber lo que está por venir
Pero mis sueños eligen por dónde ir
Y será real la ilusión
En la realidad o en la ficción

Cerca de vos
No hay nada que yo más quiera
Que estar cerca de vos
Cerca de vos... junto a vos.

Me sentí muy bien entregándoselos. Ahora ella tenía la medida justa de lo que me había despertado y de la fuerza de atracción que ejercía sobre mí... Nada más debía hacer... nada más que esperar señales.

Cerraba otra vez el año.

Ya no tenía a flor de piel la angustia que brotaba de mi separación con Nadya, pero ¿Cómo controlar estas nuevas emociones? Era tiempo de esperar... algo que en principio parecía sencillo, simple, pero que me generaba un vaivén emocional desgastante. Era tiempo de incertidumbre, de soportar el dolor del amor “antes”, como yo mismo había escrito en “Nada me impide”:

*...Si hay amor, hay dolor
Antes o después...*

El sueño mantenía vivo a Juan y, a la vez, el hecho de no poder compartir la vida con Adyna de la forma que pretendían sus deseos, lo dañaba.

Solía pasar días sin verla; para Juan, encontrarla y cruzar una mirada o unas palabras con ella era un bálsamo, era renovar la imagen de su cara en la mente para recordarla más en detalle.

Por momentos no sabía qué hacer, o mejor dicho, le pesaba saber que no debía hacer nada más que esperar... esperar que la vida le contara cómo seguiría esta historia.

Sabía que **todo es posible y nada es seguro**; y aunque su ego reclamaba inmediatez... entendía que nada forzado subsiste, por lo que había que esperar a que surgiera algo en ella de forma natural. Solo debía estar atento a las señales que pudieran surgir... Como siempre: **nunca hay certezas, es solo ir andando.**

Pasaba el tiempo y Juan sentía que no era justo que ante tanta demostración no hubiera ninguna devolución de parte de Adyna. Necesitaba tener una idea de lo que pudiera haberle causado con sus intervenciones, nada grandilocuente, ¡algo!... Unas palabras que lo sacaran de la incertidumbre; y con eso, dejar de soñar o alimentar su ilusión.

Y ahí estaba otra vez su ego, torturándolo, no dejándolo ver que “lo que tiene que ser será”, no dejándolo **confiar en el universo, que siempre provee lo que es mejor, más allá de los propios deseos.**

Pasaban los días sin verla... eternos.

Por momentos me quería invadir la idea de: “no va a ser”... pero no la dejaba, me resistía a aceptarla. Si bien no tenía ningún indicio a mi favor, tampoco había certezas de que no pudiera ser posible.

Me aferraba a cualquier cosa. Cierta día vi un fondo de pantalla que decía:

“Para qué la querés tanto, si sabés que nunca vas a estar con ella”. Más abajo alguien respondía: *“Para qué seguís respirando si sabés que un día vas a morir”*... Cosas como esas me alentaban, porque alternadamente, yo iba entre la desesperanza y la idea de que todo podía ocurrir. No daba nada por hecho hasta tanto la realidad me demostrara lo contrario; mientras quedara tan solo una posibilidad de hilvanar nuevamente mi sueño, ahí estaría yo, recreándolo.

Cuando de alguna forma veía posible mi sueño con ella, me invadía la euforia que provocaba imaginar nuestra relación en el plano concreto.

Más allá de todo, sentía que siempre, siempre, es mejor estar enamorado aún si ese amor no es correspondido. Estar enamorado es vibrar más sutilmente; es positivo, más allá del resultado final. Nos hace transitar la vida de mejor manera.

A veces, el costado espiritual de Juan lo centraba y lo llevaba a aceptar la realidad. Por momentos, entendía que no debía evaluar lo que creía merecer y lo que le estaba pasando, sino que debía evaluar el aprendizaje que esa experiencia le pudiera estar brindando. Entendía que no debía caer en el malestar que provoca una situación que se considerara, aparentemente, injusta.

Le resultaba difícil “crecer” y aprender que debía ser protagonista de su vida y no dejar que las circunstancias externas decidieran por su estabilidad emocional.

¡¡Que locura esta idea mía!! Es un sueño muy alto -me decía-, pero ahí estaba incrustado en mí... y así como una lanza, yo no sabía si dejarla o sacarla para seguir viviendo un rato más.

“Los sueños se desvanecen cuando desistimos, o cuando se cumplen” -me repetía.

Yo esperaba... esperaba y trabajaba mi mente para la aceptación del momento que transitaba. Muchas cosas buenas pasaban en torno de mi vida y no debía olvidarlas ni dejar de valorarlas; pero tampoco yo sería conformista, ¡¡no!!... ¡¡Siempre hay que ir por más, claro!! Pero siempre agradeciendo todo lo que la vida regala y ofrece.

En un encuentro con Caty en su oficina, me contó que esa mañana, antes de entrar a trabajar, Adyna le había dicho que se tomaría unas vacaciones.

Teníamos con Caty una complicidad implícita. Después me contó que había estirado hasta donde pudo la charla, reteniendo a Adyna, esperando que yo pasara por ese lugar -como es habitual en ese horario-, y generar así un encuentro “casual”. Ese día, inusualmente por una complicación, yo entré más tarde.

Adyna le había contado que se iría al Caribe con su esposo y otras parejas amigas; y que a su regreso, inmediatamente, haría otro viaje con sus padres y Lila, su hermana.

Al principio, la noticia no me cayó bien. Lo primero que pensé fue que con seguridad no iba a poder verla al menos por un mes, y no me

gustaba la idea. Yo me alimentaba de esos cruces esporádicos y ahora, con certeza, no iba a tenerlos por un tiempo.

Inmediatamente me surgió decirle algo a Caty basado en lo que me había sucedido:

–¡Yo también fui al Caribe con Nadya y otra pareja amiga... y a los cuatro meses estábamos separados!

–¡¡Jajaja!!

–Y te digo más: cuando ella viaje con su familia y él se quede acá solo, ¡va a engañarla y ella se va a enterar!

Otra vez soltamos las risas, mientras Caty resaltaba mi positivismo.

Yo siempre “reformulaba mis sueños” cuando alguna alternativa intentaba sabotearlos.

De los pocos amigos con quienes compartía mi sueño, había quienes creían en él, me apoyaban, y tan solo eso potenciaba y alimentaba mis esperanzas.

Otros, con sus silencios, me recordaban lo difícil que era mi propósito debido a la concreta realidad presente...¡¡Yo seguía creyendo en la posibilidad ilimitada de mi sueño!!

Ji me había dicho con sus cartas de Tarot que mi esencia espiritual era de SABIO, GUERRERO y ALADO, y que debía equilibrar los tres.

El costado “volado” del ser ALADO estaba a full en mi cabeza. El GUERRERO me ayudaba en el intento de conseguir mis sueños; y el SABIO tendría que darme el temple para asimilar, aceptar y saber cómo actuar en cada paso que daba.

“Es preciso que un sueño no se transforme en pesadilla, ni que una ilusión llegue a ser obsesión” me dijeron las cartas, de alguna manera.

Antes de las vacaciones de Adyna, la vida me regalaría un momento más que especial.

Un par de días antes de su viaje, habría una fiesta en la que participarían personas de distintas oficinas del ámbito laboral al que perteneczo.

Mi amiga Caty y yo íbamos a estar, y cabía la posibilidad de que Adyna concurriera al evento. Caty no había estado con ella por esos días; los preparativos del viaje tenían ocupada a Adyna y, en realidad, Caty no tenía la certeza de si ella estaría o no en la fiesta.

Llegamos juntos con Caty. Ya había unos cuantos invitados a los que conocía en su mayoría por haberlos tratado en distintas ocasiones laborales.

Dejé mi abrigo por ahí, saludos, charlas dispersas con unos y otros... probando algunos ricos bocaditos y deambulando por el salón con una copa de vino en la mano...relajado, pero ansioso esperando el momento de verla entrar.

Había transcurrido ya un rato y estábamos por ubicarnos en las mesas. Ella no llegaba y de a poco se me desvanecían las esperanzas de poder compartir, de alguna forma, una noche con ella.

Pero al fin... llegó.

¿Como describirla? Sencilla, hermosa...¡¡¡irradiando su buena energía!!!

Al vernos, nos dijimos un “hola”; ella, con esa sonrisa tan fresca de siempre. Le hice saber lo bonita que estaba mientras me acercaba para darle un beso en la mejilla, apoyando suavemente mi mano sobre su nuca.

Aunque los lugares de las distintas mesas no estaban asignados, intuía que iba a sentarse a la mesa con Caty y sus compañeras de oficina, por lo que en un cruce con Caty le dije:

–Por favor, reservame un lugar en esa mesa.

–¿En qué silla crees que puse tu abrigo? -contestó con una sonrisa.

Y así fue que a mi izquierda estaba Caty, a su lado Adyna y cinco conocidos más que completaban la mesa redonda.

Las charlas eran distendidas, por momentos sectorizadas, y a veces generalizadas con anécdotas de trabajo que nos divertían a todos.

Caty, que conocía las mías, me insistió que relatara algunas de ellas:

–Juan, ¿porqué no contás la “del sensor”?

–Ah sí, esa es buena... Resulta que me llamó un juez joven con el que tengo confianza. Su PC no arrancaba. Fui a su despacho y cuando llegué, me dijo que después de intentarlo varias veces, no lograba encenderla. Yo puse mi dedo sobre el botón de arranque y en ese primer intento: ¡aleluya! ¡Arrancó! Y me dijo:

–¿Perooo... qué le hiciste?

–Nada... Solo le apagué el sensor de boludos.

Todos rieron.

–Otra divertida fue la vez que me llamó una compañera porque no le andaba el teclado. Suele pasar que uno con los pies engancha los cables y desconecta el mouse, el teclado u otra cosa. Entonces, para no ir en vano hasta esa oficina que estaba algo alejada de la mía, le pregunté:

–¿No te anda ninguna tecla?

–No -me responde.

–Haceme el favor, fijate el cable del teclado, seguilo y asegurate que esté bien enchufado.

–Dale, esperá que me fijo...

Y después de unos minutos, vuelve al teléfono y me dice:

–Mirá, yo sigo el cable, pero se mete en el teclado y no veo nada más.

(Las risas comenzaron a hacerse oír).

Y yo le dije:

–Seguilo... ¡pero para el otro lado!

Terminé mi narración riéndome junto a los integrantes de la mesa.

Uno de los sentados a la mesa, que sabía acerca de la publicación de mi libro, me preguntó:

–Y... ¿Cómo va tu libro?

–Bien, estas cosas de la difusión toman tiempo... pero ahí está: “en el éter, haciéndose camino”.

Fue entonces cuando se sumó alguien más a la conversación; se estaba enterando en ese momento acerca de mi libro.

–¿De qué trata? ¿Es una novela, un ensayo...?

–Aborda el tema existencial-espiritual; tiene algo de ensayo, algo de autoayuda... hay muchos aprendizajes que fui adquiriendo con el tiempo en mi búsqueda y que están reflejados ahí; algunos están avalados por experiencias personales

–¿Qué experiencias, por ejemplo?

–Tener comprobada experimental y fehacientemente la existencia de la reencarnación.

En esta parte, Adyna -que escuchaba atentamente- entró en el tema.

–Debe de haber sido una experiencia fuerte y reveladora ¿no?

–Sí, y tomó tiempo, porque en principio participé en un taller grupal de regresión a vidas anteriores; allí, en lo personal, me surgieron “recuerdos”; pero uno, a priori, no sabe si en realidad son recuerdos de vidas anteriores o producto de la imaginación que está siendo estimulada durante el taller... Bueno, es largo de contar; pero en resumen, dos años más tarde y por otro medio, pude comprobar que todas aquellas “visiones”, en realidad habían sido recuerdos de vidas anteriores.

–Es interesante, pero a mí me daría algo de “miedito” –dijo Adyna riendo.

–No, no hay de que tener miedo... El mundo espiritual existe, está entre nosotros e interactuamos permanentemente con él, aún sin saberlo.

–¡Qué rica experiencia!

–Sí. Además fue motivadora en la decisión de compartir en forma escrita lo que había aprendido, porque a partir de aquel momento tenía mis propias certezas.

El tema se fue diluyendo con otros que iban surgiendo.

En un momento se animó la fiesta y salimos a bailar. En este tipo de eventos uno baila con nadie en especial y con todos a la vez. Se va de aquí para allá al ritmo de la música o de lo que uno pueda intentar, acercándose a unos y otros, compartiendo miradas o algún momento de baile... Y ahí se va en busca de alguien más. Así llegué a ella. Nos miramos y, sin dejar el ritmo que traíamos, extendí mis manos, ella hizo lo mismo con las suyas y nos tomamos suavemente dibujando un par de giros, para luego soltarnos... Quedé nuevamente frente a ella con su mirada y su sonrisa. Nos alejamos buscando a alguien más para repetir la escena...

Fue un instante eterno de felicidad para mí.

La pista se iba despejando, el baile generaba calor y sed. Adyna fue detrás de una de sus compañeras a la barra-bar por una bebida; yo las seguí con la misma intención. Charlamos los tres acerca de la fiesta, hasta el momento en que quedamos solos esperando ser servidos. En la espera, Adyna me preguntó:

–¿Y qué te llevó a buscar y escribir algo así?

–Las diferencias, las injusticias, el ver a una humanidad tan autista y desaprensiva...

–Sí, y no vamos en buen sentido para mejorar esto.

–Justamente, por eso es necesario aportar cada uno, desde su lugar, lo que esté a su alcance. Yo creo que entender la existencia puede ayudarnos a mejorar como sociedad y es lo que intento, aportando con mi grano de arena.

–Es muy laudable tu tarea.

–Gracias... -añadió Juan con cierto pudor.

Ya con las copas en la mano y dirigiéndonos a la mesa, me dijo mirándome a los ojos:

–¡Escribís bien!

Ella, además de los escritos, tenía la dirección de mi sitio web. Yo se la había dado tiempo atrás, por lo que podría haber husmeado el libro. Por eso, yo no sabía a que refería ese: “¡escribís bien!” Entonces le pregunté:

–¿Qué tramo es el que te gustó?

–En realidad leí poquito..., pero ¡escribís muy bien!

No quise indagar más, solo tomaba lo que ella me daba. Fue una sutileza de su parte, porque no quedó claro si se refería a algún párrafo del libro o a los escritos personales que ella me había inspirado y yo le había entregado tiempo atrás.

En realidad, Juan sabía que, de referirse al libro, lo más lógico hubiese sido que Adyna citara el tramo que la había hecho pensar así, por lo que entendía que ella había hablado de los escritos. De todos modos, hacía tiempo que Juan esperaba algún comentario de ella, por mínimo que fuera... por lo que se sentía halagado. La noche, para Juan, no estaba hecha para dormir sino para vivirla y recordarla cuando volviera a casa.

En la mesa, y sutilmente, observaba sus manos, pequeñas, delicadas... sus modos.

Habíamos disfrutado del plato principal, cuando se reanudó el baile. Muchos volvimos a bailar y a divertirnos con la música fiestera.

Adyna y Caty se quedaron en la mesa. Adyna prácticamente no me conocía, solo por lo que le había expresado con mi decir y en mis escritos declaratorios, más algún detalle que le hubiera relatado Caty. Este encuentro era el primero fuera del contexto laboral.

En charla con Caty en la mesa, Adyna le confió algunas observaciones sobre mí: mi tono al hablar, mi forma de decir...

A raíz de este encuentro, ella había empezado a descubrir costados de la personalidad de Juan. Le gustaba el tono de su voz, la forma de expresarse, lo veía divertido y a la vez profundo... Los relatos de Juan le habían empezado a despertar el interés por lo espiritual.

Fue un hermoso encuentro para Juan y lo expresaría hasta el final; no iba a irse hasta tanto ella lo hiciera.

No quedaba mucho más: la fiesta se apagaba.

Ya en la despedida, le deseé felices vacaciones (tema que ella había tocado en la mesa) y le dije: “Recordá eso que leíste y te gustó, y hacé-melo saber”. Me respondió asintiendo con la cabeza y con una amplia sonrisa, sin decir nada. Le ofrecí llevarla; me agradeció haciéndome saber que estaba en su auto. Nos dimos un beso y nos despedimos. Casi inmediatamente, nos fuimos con Caty que estaba feliz, porque yo estaba feliz... Aunque no dijimos nada, lo sabíamos.

Yo no entraba en mí... ¡¡lo bien que estaba!! Ella se iba de vacaciones y no iba a verla al menos por un mes, pero eso no importaba en ese momento.

Ella viajaba, volaba... ¡¡yo también!!

ADYNA ALLÁ... JUAN ACÁ

Adyna allá, disfrutaba de un viaje caribeño. Estos viajes siempre ofrecen mucha distracción y diversión, un despeje total de la mente. El hotel, con sus parques impecables, sus piletas azules, algunas de ellas con esos bares incrustados en donde uno no tiene ni que molestarse en salir del agua para disfrutar de un trago...¡o varios!, ya que el sistema “all inclusive” generalmente lleva a consumir más de la cuenta.

Bailes en la playa, juegos; el mar cristalino y tibio... todo convocaba a la perfección..., pero Adyna notaba que no todo estaba bien. Le daba la sensación de que Teo se divertía más con sus amigos que con ella misma; e incluso, con una de las chicas del grupo. Además, sin convocarlo, de tanto en tanto la sorprendía algún recuerdo de lo que habían compartido con Juan en la fiesta.

Las parejas solían cenar juntas en esos restaurantes temáticos que tienen los hoteles: mexicanos, italianos, chinos... donde sirven sus platos típicos. En una de esas cenas, Teo tuvo una descortesía con una de las chicas del grupo sentado a la mesa; nada importante, pero que Adyna observó trayendo a colación el recuerdo de aquella noche en la fiesta, cuando Juan se levantó de la mesa para ir a la barra y traerles unos tragos a un par de chicas que estaban reclamándolos, en un momento en que los mozos no estaban frecuentando las mesas. Sin dudas, aquella fiesta antes de su viaje fue importante para que empezaran a conocerse un poco; y también para que algunos momentos de charlas o miradas fuesen como un “disparador de recuerdos” en ella, para que, aún estando tan lejos físicamente, su mente volviera “acá” y a los lindos momentos compartidos en esa noche... Algo de la personalidad de Juan hacía que ella lo recordara; pocas veces, por instantes, hasta ilógicamente... pero lo recordaba.

Con Teo no tenían ningún recaudo en sus relaciones íntimas: ya era tiempo de buscar un hijo. Sin embargo, aún no sucedía...vaya uno a saber porqué... Tal vez no estaban compenetrados al punto tal de generar esa energía que suele ser necesaria como ingrediente en el hecho de procrear. Tampoco estaban preocupados; recién comenzaba su búsqueda, había tiempo por delante.

Cierto día, las chicas del grupo tomaron un paseo en lancha; nada importante, solo un paseo por las planchadas aguas del mar, algún avistaje de corales, una vista panorámica de la ciudad desde adentro del mar. Un paseo que tomaría un rato, y en realidad no se sabía cuánto tiempo demandaría.

Los muchachos se quedaron en la playa disfrutando de “una corta soltería”.

No pasó mucho tiempo hasta que Teo y uno de sus amigos tuvieron la oportunidad concreta de estar con un par de chicas; esas chicas que suelen estar en los hoteles y que no son mucamas, ni masajistas, ni están en el bar, ni en la animación... Se reconocen, y uno puede concretar una cita en alguna habitación. Su amigo no lo dudó: tomó una rápida decisión y la ejecutó. Teo, inseguro, decidió no tomar el riesgo.

Él ya le había sido infiel a Adyna en varias ocasiones; no era que no se animara a hacerlo, sino que no se sentía seguro de las circunstancias.

Tuvo suerte: el paseo fue breve y le podría haber salido mal la aventura. De hecho, su amigo no estaba en la playa al regreso de las chicas. De todos modos, le salió bien la trampa: se encontró con su pareja cuando ella iba camino de la habitación y él de regreso a la playa. Adujo un desorden estomacal, una historia creíble con la que, elegantemente, salió de la situación.

Cuando estuvo otra vez en grupo, Adyna percibió algo raro en la actitud del amigo. Ya a solas con Teo charló al respecto. Le llamó la atención la defensa que su marido hizo del amigo, incluso con algunas incongruencias en el relato... De todos modos, Adyna no quiso profundizar.

Estaban en un lugar placentero, lejos del estrés, de lo cotidiano; y sin embargo, aparecían algunos desajustes en la relación que quedaban expuestos.

De todos modos, ante tanta belleza de la naturaleza -playas, palmeras, islas solitarias, cuevas, peces de colores- Adyna y Teo maquillaban las fallas y hacían que se viera todo más armonioso de lo que realmente era la realidad.

Juan acá, con la certeza de no poder encontrarla ni casual ni causalmente.

Se suponía que, como no tenía la posibilidad de encontrarla y, por lo tanto, era inútil pergeñar la forma de hacerlo, estas circunstancias ayudarían a que pensara menos en ella. Todo lo contrario. Su imagen se repetía una y otra vez en sus neuronas, pero cada vez más débil. Necesitaba verla. Por momentos el sueño con ella lo ahogaba.

Se refugiaba en el trabajo, (una segunda actividad que tenía por las tardes)... como tantas veces.

MARIPOSA

Estaba asediado por los pensamientos recurrentes hacia Adyna. Pensé en Dios, y le pedí mentalmente que me enviara una señal, algo que me indicara con certeza si debía o no seguir sosteniendo este sueño de amor más bien platónico... hasta naif.

Mi taller es un galpón de diez metros de frente por cinco de fondo; techo de chapas. Es frío en el invierno y funciona como sauna gratis en el verano... Así quedó, sin más confort; pero estas condiciones no alteran el rédito que me brindan los trabajos que realizo en él.

Trabajo parado frente a una mesa alta, aproximadamente en el centro del taller. Al frente y a mi derecha está el portón de entrada, corredizo. En días soleados y cuando el tiempo es benévolo, lo abro de par en par para que, mientras trabajo, entre el solcito y, de “a vistazos”, pueda apreciar un pedacito del terreno de mi casa y las copas de los árboles vecinos.

Fue en uno de esos días en el que le pedí a Dios la señal que “definiere” si debía continuar o no con mi loco sueño por Adyna.

Al costado del portón, cerca de la entrada, tengo una planta tipo arbusto con unas flores pequeñas, amarillas: muy bella.

De pronto, apareció revoloteando por encima de esas flores, una mariposa... Una grande, de no menos de diez centímetros... anaranjada, negra y algún color más no tan preponderante. Su andar era lento, hasta casi torpe diría. La observé, detuve mi tarea y recordé el pedido que le había hecho a Dios. Entonces, mentalmente dije: “Dios, si tengo que seguir con este sueño, que la mariposa entre a mi taller y se pose en mí”... Sería una señal de un rotundo SÍ. La seguí observando y en pocos segundos tomó algo de altura y se fue, pasando por encima de la pared medianera.

Transcurrieron dos días de aquel pedido mental “absurdo” que involucraba a la mariposa.

Pero como anteriormente había tenido experiencias fuertes en ese sentido, había aprendido que la imposibilidad total de algo ¡¡¡NO EXISTE!!!

Es mi rutina estar en el taller por las tardes habiendo trabajado por hacer. Y ahí estaba yo, nuevamente trabajando frente al portón abierto.

Concentrado en lo que hacía, me distrajo un movimiento que capté con el rabillo del ojo derecho. Detuve mi trabajo, alcé los ojos en esa dirección, y ahí estaba ella: la mariposa monarca, revoloteando otra vez por entre las flores amarillas de mi arbusto en la entrada del taller. La reconocí por sus colores, por su andar lento como gambeteando quién sabe qué cosa en el aire.

Por supuesto, instantáneamente me vino a la cabeza aquel pedido de señal que le había hecho a Dios días atrás.

Cuando ya me decidía a retomar lo que estaba haciendo, la mariposa entró en mi taller.

Esta construcción tiene unos cuatro metros de alto, con ladrillos sin revocar, característica que hace a las paredes propicias para que las arañas construyan sus mansiones y sus trampas de caza. Yo las dejo que existan porque no me causan molestia.

Cuando la mariposa monarca entró en mi taller, todavía a baja altura, mi primera reacción fue la de ir hacia ella y espantarla para que volviera a salir al terreno; no quería que quedara atrapada en una de esas fuertes y añejas telas de araña.

Estaba yo ahí, a los manotazos, en el intento de volverla a su hábitat natural... pero no, ella estaba empeñada en conocer mi taller.

Retomé mi trabajo; lo que estaba haciendo no permitía que me distrajerse demasiado tiempo: distraerse suele ocasionar inconvenientes. Por lo que dejé que siguiera revoloteando en mi taller a la suerte del destino.

De todos modos, de a momentos yo dirigía la mirada a su vuelo, cada vez más bajo, a tal punto que iba acercándose a mí. Intentaba posarse en una pequeña mesa que estaba a mi costado derecho, apenas a algo más de un metro de distancia. La miré, dejé nuevamente de trabajar; hice un paso en su dirección y extendí mi brazo como invitándola a que se posase en él. Me quedé inmóvil a sesenta centímetros de ella. Sin parar de revolotear, se dirigió hacia mí y me danzó en la propia cara, entre la oreja y el ojo izquierdo. Podía oír su aletear, sus alas prácticamente me rozaban la cara... yo seguía inmóvil dejando que el momento fuera... No podía creer lo que estaba pasando...

Un instante después, ¡se posó sobre mi cabeza, arriba, en el costado izquierdo!

Yo estaba como las estatuas vivientes, esas personas que tienen la capacidad de caracterizar algún personaje en las plazas de los pueblos o en algún paseo peatonal, permaneciendo inmóviles como verdaderas estatuas hasta tanto alguien las recompense con alguna moneda... Yo casi ni respiraba, no iba a moverme a menos que la “monarca” decidiera salir de mi cabeza.

Fue un instante... pero **¡¡ahí estaba la señal!!**, me estaba diciendo:
¡¡Continúa con tu sueño!!

No lo podía creer; podría ajustarse al relato de una fábula, pero me estaba sucediendo, ¡era real! Y no había nadie que corroborara esto que acababa de suceder.

Muchas veces es así: tenemos señales en la vida que solo nosotros mismos podemos recibirlas y decodificarlas; debemos confiar en nuestras percepciones y no pensar que estamos locos; aprovecharlas como “empujoncitos que nos da la vida”.

Las señales existen y Dios, muchas veces, se vale de los recursos del mundo físico para darlas.

No fue mucho el tiempo que la mariposa estuvo allí, tres o cuatro segundos; seguramente la espanté con los ruidos que estaban haciendo mis eufóricos pensamientos. Me sentía muy bien teniendo la certeza de que debía mantener mi sueño con Adyna. No sabía qué podría pasar en

el futuro, pero sí que era preciso, por algún motivo, mantener la ilusión del sueño de compartir mi vida con ella.

Cuando despegó de mi cabeza, se fue a revolotear por la zona más alta del taller, casi pegada a las chapas del techo. Pensé que sería una pena que después de darme tamaña noticia quedase atrapada en alguna telaraña. Estaba cerca de salir, solo tenía que volar a menos altura para quedar en dirección a la abertura que ofrecía el amplio portón abierto de lado a lado **(como en la vida, a veces es necesario “volar” más bajo para encontrar la salida).**

La miré, intuitivamente cerré los ojos y la imaginé volando bajo y encontrando la salida... Un par de segundos después, y en el momento en que abrí los ojos, increíblemente la “monarca” perdió altura y, como dibujando una gran “e” minúscula, tomó la curva y se dirigió al terreno; recobró altura y se fue por encima del paredón, tal como lo había hecho dos días atrás.

Estas cosas uno solo las cree si le suceden... a mí me sucedió... y una vez más, alentaba mis esperanzas.

Así es como uno va renovando su espíritu: renovando los sueños o renovando la forma cómo llegar a ellos.

En Japón, la mariposa es el símbolo de la mujer joven... La mariposa se había posado sobre Juan... Adyna es una mujer joven... Mariposa significa metamorfosis, belleza... En griego mariposa es el animal del alma. Qué mejor que una mariposa para presagiar a Juan que debía sostener su sueño.

Ya promediaba el mes, y ella retornaría de esa primera etapa de sus vacaciones.

Habían estado bien, pero a Adyna le quedaba un dejo amargo por los desajustes en la relación. Si hasta sentía ganas de retornar para emprender las siguientes vacaciones con su familia y tomar algo de distancia a fin de aclarar sus emociones respecto de Teo.

Ya de regreso, no había mucho tiempo para preparar el próximo viaje. Solo un par de días para ordenar lo cotidiano y volver a armar las valijas.

Sería un viaje completamente distinto. Iría con sus padres y su hermana, con quienes tenía gran afinidad, por lo que eran muy confidentes.

Una familia en la que los valores de unidad eran muy fuertes; y aunque vivían en hogares separados, solían compartir tiempos. Este viaje era una prueba de ello.

Sería una ocasión para conocer nuevos sitios, recorrer otros ya visitados por parte de algunos de ellos. Un viaje placentero, armonioso, para disfrutar mucho eso de compartir la vida con los seres amados, con el adicional de hacerlo recorriendo el mundo.

Ella ya le había confiado a Lila acerca de Juan y la declaración que este le había hecho. También le había leído los escritos que Juan le había entregado, esos que ella misma había inspirado.

De lo sucedido en la fiesta, Lila no estaba enterada porque no habían tenido oportunidad de charlarlo.

Ya en el comienzo del nuevo viaje, Adyna tuvo el tiempo para referirse a la fiesta y manifestarle a Lila la buena impresión que Juan le había causado en cuanto a sus modos, su actuar, su forma serena; y que era de destacar su moderación, más aún entendiendo como muy fuerte aquello que él sentía por ella.

Ambas creían que no estaría mal conocer un poco más a Juan; y qué mejor que conocer sus pensamientos y su filosofía de vida.

Habían estado husmeando mi sitio web en los ratos libres; se interesaron por algún que otro concepto que les despertaba interés y decidieron hacerme una consulta a través del mail que figura en el sitio.

Claro que no tardé en responderles, además de aprovechar la oportunidad para insinuarles reunirnos a su regreso para debatir más ampliamente el tema, cosa que tomaron con agrado dejando una clara promesa de concretar el encuentro.

Era una posibilidad para acercarme a ella y eso me ponía muy, muy bien, como también me ponía bien darme cuenta que aún estando lejos algo la llevaba, de algún modo, a recordarme.

Adyna puso al tanto a Lila, durante las vacaciones en familia, de los desajustes con Teo. Le dejó claro que, en realidad, el problema venía de antes; que notaba que él actuaba algo desaprensivo y que esto la preocupaba porque sentía que la relación había cambiado al poco tiempo de concretar el matrimonio; que incluso había llegado a pensar que él podría haber llegado a engañarla. Que no intentara comunicarse con ella a menudo durante este viaje con su familia, delataba que no la extrañaba y, más aún, no sabía disimularlo.

Lila la contenía diciéndole que tal vez solo eran ideas tuyas. El tema era algo delicado; mejor, ir sin apresuramientos, ya que al fin y al cabo solo eran sospechas.

De todos modos, Lila notaba claramente que Adyna no veía a Teo con los ojos de siempre, y que también podría estar influenciada por lo que Juan podría haber empezado a despertarle.

En realidad, cuando se perciben engaños, y si uno no es un celoso enfermizo..., es probable que la infidelidad ya haya ocurrido. Cualquier relación, en sí misma, delata siempre lo que es. Un engaño a veces se descubre tan solo si uno está atento a pequeños detalles.

La realidad era que él ya la había engañado en varias ocasiones y últimamente, frecuentaba a una mujer que había despertado en él algo un tanto especial por la intensidad que tenían en sus relaciones íntimas.

En este tiempo de soledad, tendría encuentros más a menudo con esta mujer; y en el exceso de confianza que le daba esta “soltería” pasajera, cometería errores, dejaría escapar detalles que pondrían a la luz de conocidos la existencia de esta oculta relación.

Adyna y Teo habían tenido un largo noviazgo y, si bien la relación era buena, tampoco conformaban una de esas parejas de mutua devoción. Adyna tenía incrustado ese mandato familiar y social de “juntos para toda la vida”; entonces siempre apostaría a no dejarse llevar por lo que pudieran ser “tormentas pasajeras”. No tomaría decisiones drásticas así porque sí.

Debía existir un fuerte motivo, externo a ella, para que diera un drástico giro de timón. Tampoco era que ya no quería a Teo, sino que la relación de matrimonio no era la esperada, ni la deseada por ella.

En realidad, son muchas las parejas que viven situaciones análogas a esta. Todo cambia, las personas cambiamos, y a veces, estando en pareja, los cambios o crecimientos los hacemos en forma “despareja”; ni mejor ni peor, solo de modo distinto. Las diferencias salen a relucir y entonces se generan los conflictos. Las relaciones son así, es su naturaleza. Puede suceder rara vez, que sean para toda la vida en forma genuina y plena, pero tal vez lo que más frecuentemente ocurre, es que gana la hipocresía y estamos al lado toda la vida, pero no juntos.

En una relación desgastada, ¿quién sabe qué es mejor o peor? ¿Superar el dolor y la angustia que genera la crisis de una separación o vivir soportando la vida, solo permaneciendo, sin animarnos a vivir...? No es sencillo animarse a cruzar descalzos la arena caliente para luego llegar al bienestar que el agua fresca, naturalmente, produce en nuestros pies.

Yo esperaba... esperaba el regreso y los encuentros para disfrutar el tenerla de algún modo.

Todo transcurre, todo pasa... y regresó.

Ya había comenzado con lo cotidiano de su trabajo: no me sería difícil contactarla.

Un encuentro causal, no tardó en llegar.

Nos encontramos, nos saludamos amistosamente; se percibía en el aire que estábamos a gusto viéndonos.

–¡Adyna! ¿Qué tal?

–Hola Juan, ¿cómo estás?

–Bien, todo muy bien... ¿Y qué tal tu viaje familiar?

–¡Excelente! Disfruté mucho con mi familia, conociendo lugares, probando nuevos sabores... ¡Viajar te renueva!

–Ya lo creo... A mí, personalmente, me gusta mucho conocer otras culturas, otras costumbres y formas de vida, de pensar...

–Eso te nutre y te abre la cabeza.

–Sin dudas... De hecho, tenemos planes con un amigo para ir a conocer Colombia en poco tiempo.

–¡Qué bueno! Dicen que es un país maravilloso.

–Eso comenta la gente; pero como no me fío de lo que dicen, me voy para allá a comprobarlo –y ambos reímos.

–Lo difícil es retomar la rutina, porque uno viene relajado.

–Sí, pero es justamente la rutina la que permite que uno pueda tomarse unos días de vacaciones.

–Es cierto.

–Además, la rutina implica que tenemos un trabajo, que estamos bien físicamente para realizarlo...

–Sí... en realidad dejamos de verla como mala cuando logramos tomar conciencia de lo que la rutina significa en nuestras vidas.

–Tal cual; cuántas veces pasamos por situaciones indeseadas en las que quisiéramos estar viviendo la rutina, ¿no?

–Sin dudas que es así.

–¿Y cuándo nos juntamos para debatir?

–Cuando quieras... En realidad, mi hermana Lila también está interesada y estaría bueno que nos juntásemos los tres. ¿Te parece?

–Por supuesto, podemos hacerlo cualquier tarde en casa.

–Dale.

Nos pasamos los números de celulares para mensajearnos y arreglar el encuentro.

PRIMER ENCUENTRO

Esa tarde llegaron a casa Adyna y Lila. Yo estaba esperándolas, según habíamos acordado, para debatir acerca de los temas de mi libro que le habían despertado interés.

Lila es una personita muy dulce, sencilla.

Fue una reunión más para conocernos que para abordar los temas por los que nos habíamos juntado.

Lila es fonoaudióloga. Una profesión habla mucho sobre la persona que la ejerce. La misma problemática que asiste, denota a un ser sensible, alguien que valora las diferencias y que, con sus conocimientos, hace lo que está a su alcance para ayudar a ciertas personas a incluirse en el contexto social.

Me relató que, especialmente, se dedicaba a los niños, asistiéndolos en sus trastornos de lenguaje y de comunicación. Me explicaba acerca de las terapias que aplicaba para el desarrollo, maduración y aprendizaje de los niños... lentas, de mucho trabajo..., pero que más tarde sentía regocijo con los frutos obtenidos.

Sin dudas, era una dedicación muy noble.

Lila y Adyna tienen algún parecido físico, pero poseen mucha más similitud en los valores y las formas de ver la vida... No en vano tienen tanta afinidad.

Transcurría la tarde entre mates y charla. Todo era ameno y relajado. Se notaba: los tres estábamos muy a gusto y con mucho para decirnos y saber de cada uno de nosotros.

Adyna me pidió que le aclarara el tema del noventa por ciento y el diez por ciento del espíritu que encarnaba en nosotros. Era un concepto nuevo para ella y quería entenderlo, tenerlo claro.

—¿Cómo es eso de que en nosotros encarna un diez por ciento del espíritu? - preguntó Adyna.

—Es un concepto nuevo y muy importante. Tengo que empezar por decirles que en nosotros habita un espíritu que es único y su existencia va: desde que fue creado en algún momento luego del Big Bang, hasta el Big Crunch o final del universo —explicó Juan—. En su largo camino, un espíritu puede elegir encarnar o no, ya que tiene libre albedrío para hacerlo. Si encarna, desarrollará un rol, y con él intentará aprender lecciones, cumplir alguna misión, disfrutar de la vida y los sentidos... o sea: son muchos los motivos por los que podemos estar acá. Y como es lógico, una vida no alcanza para mucho... por lo que el espíritu irá reencarnando una y otra vez para experimentar, aprender... evolucionar. El espíritu que habita en nosotros, solo lo hace en un diez por ciento, porque es lo que el cuerpo necesita para ser animado. El noventa por ciento restante mora en el plano espiritual que le corresponde. Porque hay distintos planos espirituales o suprafísicos. Para entenderlo, podría decirse que hay dos grandes grupos: los buenos o de luz y los malos, también llamados del error. Hay subniveles y otras divisiones, pero no vienen al caso ahora. Retomando: como les decía, noventa por ciento y diez por ciento no están separados; se puede dar el ejemplo del iceberg: el diez por ciento, lo que flota, somos nosotros; y el resto hundido, el noventa por ciento “que no se ve”.

—¿Qué diferencia hay entre el diez por ciento y el noventa por ciento? —quiso saber Adyna.

—El espíritu es el mismo —respondió Juan.

—Eso está claro —afirmó Lila.

—Ahora, el diez por ciento que tenemos incorporado no tiene lo que se llama “memoria reencarnativa”. O sea, no recuerda las vidas anteriores que tuvo, ni los conocimientos que tiene como espíritu —explicó Juan.

—Y el noventa por ciento, sí —completó Lila.

—Exacto: el noventa por ciento tiene pleno conocimiento de lo vivido a lo largo de toda su existencia como espíritu —confirmó Juan.

–¿Y ahí está la principal diferencia? Es lo que te preguntaba –intervino Adyna.

–Así es... y el hecho de que como humanos no recordemos, es un beneficio... Fíjense que a veces no podemos vivir con la carga que nos genera esta vida, imagínense vivir con el recuerdo de toooda nuestra existencia –reflexionó Juan.

–Claro, eso te da mayor libertad para esta vida presente –dijo Adyna en un murmullo.

–Es como un mecanismo de protección –acotó Lila.

–Sin dudas... Si se le ocurrió a Dios, debe tener sus razones ¿no? –dijo Juan.

Y una carcajada de los tres coronó las reflexiones.

No avanzamos mucho más que esto en sus inquietudes. La charla mantenida se había extendido y ya nos había sorprendido la noche, de un día en el que los días ya no son tan largos.

Yo hubiese querido estar hasta el amanecer con ellas, pero la reunión había llegado a su fin.

Sus deseos de conocer más acerca de esta nueva visión espiritual y lo agradable de la charla, habían abierto la posibilidad concreta de volver a reunirnos, por lo que quedaron promesas explícitas.

Tanto Lila como Adyna habían quedado motivadas con lo poco que Juan les había transmitido.

De hecho, en los días siguientes y en las charlas con sus amigos, retransmitían lo aprendido y defendían los conceptos cuando eran criticados, pues los encontraban muy lógicos.

Incluso los padres de Lila y Adyna habían notado la inquietud que estos nuevos conceptos provocaron en sus hijas; y sabiéndolas inteli-

gentes y cautas, se daban cuenta de que algo interesante debía tener el contenido de la charla que habían mantenido con Juan días atrás.

Teo consideraba inverosímil lo que Adyna le contaba de los relatos de Juan, y hasta sentía desconfianza de él, porque tanto Lila como Adyna no ocultaban el agrado que les había producido el encuentro.

No era que Adyna le diera motivos, tampoco eran precisamente celos lo que sentía, sino que era su naturaleza infiel la que lo hacía ver las cosas con esa lupa.

Un tramposo desconfía de los demás.

Estaba molesto; y se lo dejaba saber a Adyna con actitudes, no con palabras.

Juan había logrado despertar el interés de ellas y sabía, por experiencia propia, que las respuestas generan nuevas dudas; entonces habría nuevas preguntas... y esto, seguramente, iba a llevarnos a compartir algo más de tiempo.

SEGUNDO ENCUENTRO

El entusiasmo de Adyna y de Lila hizo que no tardara mucho en llegar un segundo encuentro. Si bien en el primero no habíamos profundizado mucho, había dado pie para ahondar aún más en uno próximo.

Y ahí estábamos, otra vez los tres en casa.

Juan tenía doble satisfacción: charlar de lo que le gustaba y compartir tiempo con Adyna... No podía pedir más.

—Los conceptos del diez por ciento y el noventa por ciento quedan claros; y los posibles caminos que un espíritu puede recorrer eligiendo encarnar o no, también... ahora: ¿Cómo es realmente un espíritu? —inquirió Adyna.

—Como seres humanos, vivimos aquí, en este plano físico; es nuestro hábitat natural, así como el plano espiritual o suprafísico lo es para el espíritu. En ese plano suprafísico el espíritu es un trazo de luz. Tiene forma, tamaño, color... es una unidad consciente y pensante —explicó Juan.

—¿Y cuál es su función primordial? —quiso saber Lila.

—La evolución: esa es su naturaleza —le respondió Juan.

—Y si decide no encarnar, ¿cómo evoluciona? —continuó Lila.

—Lo hace desde el plano en donde se encuentre. Un espíritu puede cumplir misiones, realizar tareas como guía tanto de otros espíritus como de algún diez por ciento encarnado en alguno de los tantos seres humanos —fue la explicación de Juan.

—¡Entonces es cierto que tenemos guías! —se alegró Lila.

–Sí, claro: tenemos espíritus guías y ángeles guías y protectores –confirmó Juan.

–El ángel de la guarda... -recordó Adyna.

–Tal cual –dijo Juan.

–Te referiste a que el espíritu puede encontrarse en distintos planos... ¿Cómo están divididos estos planos? –quiso saber Adyna.

–El plano **Uno** es nuestro universo físico, el mundo donde estamos encarnados. En los planos **Dos** y **Tres** habitan los espíritus del error. En el plano **Cuatro** están los espíritus Maestros y en el **Cinco** los espíritus de máxima luz. En uno superior, el **Seis**, moran las entidades angélicas, que no son espíritus sino entidades de luz, que también pueden encarnar –fue la respuesta de Juan.

–¿¡¡Hay ángeles encarnados!!? –se sorprendió Adyna.

–Sí, y yo creo que en muchos casos, si somos perceptivos, hasta podemos reconocerlos –afirmó Juan.

–Te interrumpí... continuá por favor –pidió Adyna.

–Sí... faltaban dos planos: el **menos uno**, que es un plano denso, donde el espíritu se encuentra en soledad. Y el **menos dos**, donde se encuentran los espíritus de máxima crueldad. Como espíritus, podemos estar en cualquiera de ellos... -explicó Juan.

–No son permanentes, ¿verdad? –intervino Lila.

–No lo son... Es nuestra vibración la que define en qué plano debemos estar: más sutil en planos de luz, más denso en los planos del error –repuso Juan.

–¿Y qué va cambiando nuestra vibración? –inquirió Adyna.

–Nuestras acciones, nuestras omisiones, nuestros pensamientos... -afirmó Juan.

–¿Y qué te lleva a vibrar más denso e ir a los planos del error? –quiso saber Lila.

–Los malos sentimientos, la hostilidad, los egos... Los egos son la gran diferencia entre los espíritus de luz y los del error –precisó Juan.

–O sea que hoy podemos estar aquí... mañana allá... -reflexionó Lila.

–Como la vida... –completó Adyna.

–Tal cual: como la vida. Más aún; el conocimiento que tengamos en la vida como personas no define nuestra posición socioeconómica, así como el conocimiento que tengamos como espíritu no define el plano en donde nos encontremos. Es el ego el que no deja al espíritu ver la realidad y lo arrastra hacia los planos del error –afirmó Juan.

–Como en la vida, los egos no te dejan ver –rió Lila.

–Hablaste de que el espíritu elige ciertas pautas de vida, pero que estando encarnado, no tiene memoria reencarnativa –retomó Adyna.

–Así es.

–O sea que ni siquiera puede llegar a recordar lo que se propuso –continuó Adyna.

–Es lo que más normalmente sucede... no lo recuerda.

–Por lo que encarnar es un gran riesgo ¿no?... Entonces un espíritu, ¿por qué encarnaría? –preguntó Adyna.

–Existe lo que se llama karma, que es causa y efecto. Karma no es: “ojo por ojo, diente por diente”. **Karma es, sencillamente, lección por aprender.** El espíritu, antes de encarnar, sabe lo que tiene que aprender; entonces “elige” por dónde ir, tal como un estudiante en su carrera universitaria elige qué materia rendir. Claro que después puede haber circunstancias que lo lleven por un camino distinto: se enferma y no puede rendir; no le alcanza el tiempo para preparar la materia y elige otra más accesible... -explicó Juan.

–¡Otra vez como en la vida! –acotó Lila.

–¡Y sí! –reflexionó Juan-. Uno en la vida elige y puede concretar proyectos, y también pueden mediar circunstancias que tuerzan nuestro destino.

–Para mejor o para peor... -consideró Adyna.

-Sin dudas.

–¿Y tenemos formas de “recordar” o que “nos recuerden” para qué vinimos? –siguió interrogando Adyna.

–Sí, hay varias posibilidades –fue la respuesta de Juan.

–¿Por ejemplo? –quiso saber Lila.

–Al diez por ciento que no tiene memoria reencarnativa se lo llama “Yo inferior”; y al noventa por ciento que sí tiene los recuerdos de todo su andar, “Yo superior”. Ambos están conectados, son una misma cosa... y ese noventa por ciento siempre está intentando darnos datos o guiarnos.

Lo que sucede es que nosotros, estando encarnados, nos encontramos inmersos en tanto “ruido” mundano, que rara vez escuchamos –explicó Juan.

–Aquietar la mente, ¿Es una forma de conectarse? –intervino Lila.

–Al menos por ahí se empieza... –asintió Juan-. A modo de ejemplo: si uno quiere verse la cara reflejada en un estanque y golpea el agua con una rama, jamás la va a ver con claridad... ¿Se entiende?

–Sí, claro. Primero la calma –dijo, quedamente, Lila.

–¿De qué otra forma podemos ser ayudados? –se interesó Adyna.

–Lo hacen nuestros espíritus guías y también los ángeles guardianes; pero siempre es preciso que tengamos “conexión”... Otra alternativa de ayuda es a través de las dotes de un buen médium.

–¿Un médium? –se sorprendió Adyna.

–Sí. Hay personas que tienen la capacidad de decodificar y traducir los mensajes que puedan darnos desde el mundo espiritual o “suprafísico”... En realidad, todos somos médiums aunque con capacidades muy disímiles; quienes tienen mayor capacidad, pueden interpretar los mensajes con mayor fidelidad. Es como correr: todos podemos hacerlo, pero muy pocos recorren los cien metros llanos en menos de diez segundos –fue la respuesta de Juan.

–¿Y dónde encontrás a los médiums? –preguntó Lila.

–Hay muchos. Están quienes leen los registros akáshicos; quienes leen las cartas de tarot o las cartas astrales o, directamente, quienes ca-

nalizan a los espíritus y se expresan hablando o escribiendo. Lo importante es detectar si son buenos, para no dejarse engañar –explicó Juan.

–¿Y cómo sabés si no son fabuladores? –fue la inquietud de Adyna.

–Básicamente, hay que analizar el mensaje y la forma en que se expresan... la mediumnidad puede aportar mucho a nuestras vidas.

–¡Es una buena herramienta! –opinó Lila.

–Sí, claro; y no es algo en lo que deberíamos creer si no, más bien, experimentar, para comprobar que es una herramienta que sirve para comunicar el mundo físico con el espiritual.

–¡Cuántos conceptos nuevos! –se maravilló Lila.

–Sí, y lleva tiempo que todo esto madure en uno –comentó Juan.

–Seguramente lleve tiempo, pero además no tiene final: siempre se puede aprender más –dijo Lila con entusiasmo.

–¿Cuánto tiempo llevás en tu búsqueda? –preguntó Adyna.

–Ya está cerca de las dos décadas.

–¿Y por qué lo hacés? –inquirió Lila.

–Es mi esencia: la de intentar buscar respuestas y compartirlas en la medida que puedo... Creo que el conocimiento lleva a la comprensión; y ella puede conducirnos a vivir el aquí y ahora siendo conscientes, tolerantes, serviciales, aprendiendo a disfrutar **lo único que tenemos: nuestro presente** –concluyó Juan.

La tarde se nos escurrió. El interés de ellas y mi avidez por contar lo que aprendí, fue una combinación intensa.

Si hasta el agua del mate se nos había enfriado más de una vez.

Me sentía muy bien con ellas, y era bueno para mí que Adyna fuera conociéndome, que se adentrara un poco en mi filosofía de vida y en mi forma de sentir. Su mirada me endulzaba la vida: expresiva, calma y a la vez profunda, me hacía percibir que no era a través de sus ojos que me miraba... Era una dicha para mí compartir esos momentos con este ser tan especial para mi sentimiento de amor.

A pesar de los encuentros y reuniones en los que habíamos ido ganando confianza, yo nunca le había hecho referencia a nuestro encuentro o a los escritos; de los que no había tenido otra devolución que aquella acotación en la fiesta: ni siquiera me había quedado claro a qué estaba referida.

La mirada de Juan delataba el sentimiento que tenía por ella, pero ella estaba casada y Juan no iba a avanzar más de lo que ya lo había hecho... ella intuía esto y valoraba su discreción.

Su relación con Teo se resquebrajaba por los roces y discrepancias de la convivencia. Además, su largo noviazgo había hecho lo suyo... Es difícil mantener la llama a través del tiempo.

Teo la quería, pero se acomodaba a lo habitual en las relaciones de estos tiempos: mentiras, satisfacciones personales... ya ni siquiera sentía culpa por engañarla.

Adyna soportaba las desavenencias, entendiendo que lleva tiempo acomodarse en una convivencia; y tenía la esperanza de que la situación se revirtiera.

Lila veía con pena el deterioro de la pareja, porque advertía tristeza en Adyna y estados de ánimo no habituales en ella.

Carlos, el esposo de Lila, hacía unos pocos días se había enterado fehacientemente de la infidelidad de Teo. Sabía con quién se estaba frecuentando, la conocía... era hermana de un amigo suyo. Carlos es de los que ya casi no quedan: no le gustan la mentira ni la trampa. Además, tenía un afecto y un cariño muy grandes por Adyna; y en su cabeza, se debatía la forma como debía encarar esto. No quería hacer sufrir a Adyna, pero tampoco iba a permitir que fuera víctima de engaño...no era justo.

Por fin se decidió optando por el camino más corto: se lo confió a Lila.

Se relajó cuando vio que a Lila no le había tomado por sorpresa la noticia. En realidad, Lila había percibido que, detrás del malestar que había en la relación de pareja de su hermana, podía haber algún motivo influyente en ese cambio manifiesto en Teo; y esta noticia hacía que confirmara su sospecha.

Era algo muy delicado. No le iba a ser fácil a Lila abordar este tema con Adyna...; pero tenía que hacerlo.

VIAJE A COLOMBIA

Los viajes son sanadores.

Este, lo haríamos con el Negri, mi fiel amigo, quien al verme indeciso con la elección del lugar adónde ir, me propuso Colombia. Y ahí fuimos, sin más planes que subirnos al avión que nos dejaría en Bogotá, para luego empezar a recorrer y conocer ese bello país.

Empezamos por la ciudad de Armenia y pueblitos aledaños como Salento: pintoresco, parsimonioso. Probamos cada plato típico que se nos ofreció y, por las noches, en los bares, generosas copas de aguardiente.

Anduvimos por extensos caminos sinuosos que nos llevaron a Manizales, que está entre montañas colmadas de cultivos de café, bananas y gigantescas cañas de bambú. Todo cuidadosamente distribuido.

Disfrutamos de la simpatía y la belleza de la mujer colombiana; la típica, con el pelo negro lacio, los ojos rasgados y los cuerpos generosos; y la de descendencia afro, con su alegría y su mayor desinhibición.

Yo estaba ávido por absorber lo que esa cultura me ofrecía, pero mis pensamientos recurrentemente volvían a Adyna y lo gratificante de haber empezado a conocernos y relacionarnos.

Conocí gente con la que compartimos experiencias de vida de las que me nutrí. Es hermoso reconocer y vivenciar la afinidad con personas que uno acaba de conocer... *“La vida es para ser feliz* (me decía Stella, una mujer que había aprendido de su calvario), *saná tu dolor, porque el dolor y la angustia te quitan la vida...”* O aquello que me dijo Oval desde su presente, cuando hablábamos de la confianza y lo difícil que se nos hace volver a confiar cuando uno fue defraudado: *“Es que*

no vas a tener que confiar... va a llegar el momento en que aparezca alguien en tu vida, que se va a ganar tu confianza”.

Con el Negri recorrimos caminos y vallecitos a pie, en chiva, en moto, en micro... Lugares en donde la gente dice “buen día” cuando sube al colectivo y da las gracias al chofer cuando se baja.

Andando, llegamos al norte, a la zona mas caliente: Cartagena, Getsemaní -el antiguo pueblo de esclavos-, las hermosas islas costa adentro, luego Rodadero y Santa Marta... Fue un viaje intenso y variado según la zona por donde anduviésemos, de un disfrute constante. Colombia tiene en sus lugares y en su gente la magia que hace que uno nunca quiera irse. Por suerte, yo tenía el aliciente de que a mi regreso me esperaban más encuentros con Adyna... al menos tenía esa ilusión.

Habiéndose asegurado acerca de la veracidad de la infidelidad de Teo, Lila había evaluado la forma como le diría esto a Adyna. Era decisión tomada, solo esperaba el momento oportuno.

Cuando todo esto daba vueltas en la cabeza de Lila, le llegó un mensaje de Adyna: “Tengo que contarte algo personalmente... ¿Te venís a casa?”

Lila le contestó y salió rumbo a su encuentro. Tenía que ser algo muy importante para que Adyna no le adelantara nada y además le pidiera encontrarla.

¿Ya se habrá enterado? - pensó...

Llegó; se abrazaron. Adyna estaba con una sonrisa...

–¡Hola! ¿Cómo estás? –preguntó Lila.

–Bien, muy bien... ¡¡Con una noticia para darte!!

–Y bien... ¿De qué se trata?

–¡¡Vas a ser tía!!! ¡¡Estoy embarazada!!!

Otro abrazo y más emoción.

La felicidad de Lila no era completa y apenas pudo disimularlo. Tenía atravesada en la garganta la verdad que Adyna debía saber y, obviamente, este era el momento menos oportuno para decírselo. Además, la situación ahora se tornaba aún más complicada.

Ser madre estaba en los planes de Adyna, pero este era el momento más endeble de la pareja.

Adyna esperaba otra reacción de parte de Lila, pero la entendió cuando Lila le preguntó:

–¡Qué hermoso Ady!!! ¡Vas a ser madre!!!... pero, ¿cómo están las cosas con Teo? Porque últimamente no estás plena con él.

–Sí, es cierto. Yo lo noto algo cambiado y no está todo como antes..., pero apuesto a que esto pueda cambiar, a que podamos recomponer nuestra relación... qué sé yo... el amor a un hijo es algo tan especial...

—¿Cómo reaccionó con la noticia? —quiso saber Lila.

—Bien, lo noté feliz... No es que se puso eufórico..., pero viste cómo es él, que no demuestra plenamente todo lo que siente.

Lila estaba entre la alegría de la noticia y el dolor de saber a su hermana engañada. Lo disimuló como pudo centrándose en la buena nueva, que en otra circunstancia le hubiese provocado una euforia inusitada.

El revuelo y la alegría se expandieron, en la medida en que sus padres y el resto de la familia iban enterándose de que Adyna esperaba su primer bebé.

Cuando Carlos supo del embarazo de Adyna, tuvo las mismas sensaciones que Lila, y se hacía las mismas preguntas: ¿Qué pasaría si le comentaban a Adyna de la infidelidad de Teo y esto repercutía en su embarazo? No podrían perdonarse algo así... como tampoco podrían perdonarse ocultarle la verdad.

Decidieron algo lógico: Lila se lo diría una vez que diese a luz y que estuviera emocionalmente estable, para no correr riesgos.

A mi regreso de Colombia tenía muchos deseos de verla, de volver a compartir momentos con ella.

Si bien el viaje me había sacado la cabeza de lo cotidiano y me había llevado a vivir más el día a día..., el presente de cada momento..., solía recordar a Adyna con frecuencia y venían a mi mente las imágenes de su carita, de su mirada, de sus ojos pardos rasgados... de su sonrisa.

Parece que Manu, además de ser mi amigo, es también mi detractor de sueños. En su momento, él fue quien me relató que Adyna iba a casarse... Él también fue quien me dio la noticia de su embarazo.

Si bien de algún modo yo sabía que esto podía ocurrir, no esperaba que sucediese.

Fue un golpe de realidad muy duro para mí.

¡¡Ese día lo sentí como el día en que la ilusión de mi sueño se hizo añicos!!

La realidad me estaba dejando sin la posibilidad de soñar... ¿De qué forma podría armar un nuevo sueño con ella?

Pasó lo que tenía que pasar, y me contentaba con la felicidad que ella debería estar viviendo estando embarazada..., pero yo lo sentía como un hachazo en el pecho.

Tendría que “soltar”... La vida me estaba dando lecciones y yo tendría que aprender muchas cosas:

A vivir con dolor, sin que el dolor no me deje vivir.

A aceptar la tristeza sin perder la alegría.

A vivir enamorado sin ser correspondido...

Por esos días, la fuerza de mi sueño no podía con la realidad. Nunca la sentí tan lejos como en este momento, porque ni siquiera encontraba formas para soñarla.

Yo creía entender sus sentimientos no expresados. Intuía que algo le atraía de mí, pero su propia limitación estaba en el hecho de estar casada, y con este agregado de su embarazo... ¿Qué podía yo esperar?

La posibilidad de volver a encontrarnos para charlar acerca de lo espiritual estaba abierta; pero como ella conocía mis sentimientos, sabía que el enterarme de aquella noticia me afectaría, y yo entendía que posiblemente ella no tomaría la iniciativa para una próxima reunión. No quería perder eso: era lo único que podía quedarme.

LA ENCONTRÉ EN LA CALLE

-¡¡Hola!!! -dije con alegría.

-¡¡Hola!! -nos saludamos con un beso.

-¿Cómo estás? -le pregunté.

-Bien, muy bien por suerte.

-Se te ve muy bien.

-¡Gracias!

-¡Me enteré de tu buena noticia! -le dije.

-¿Sí?

-¡Qué bueno! ¿Es uno o son dos? - le pregunté riendo.

-¡No por favor! Es uno -contestó también riendo.

-Vas a vivir etapas de unas vivencias increíbles... disfrutalas porque todo es tan... fugaz...

-Ya lo creo, es un camino nuevo y habrá que ir aprendiendo en la medida que uno avanza ¿no?

-Sí, sin dudas es así... Cuando aprendés a ser padre de un chico de cinco o seis años, ya tiene quince -reímos los dos-. Y ¿cuándo es la fecha estimada del nacimiento?

-Enero -respondió Adyna.

-Verano... es una linda época para que el bebé conozca el mundo...

Adyna, vos sabés acerca de cómo yo entiendo la existencia: reencarnación, otras vidas... y también tenés claro lo que siento por vos. Quiero decirte que no soy fácil de rendirme, creo que en esta vida mi suerte está echada, pero... - le digo con una sonrisa en la cara- en la próxima te voy a buscar un poco más temprano. Nos vamos a encontrar... y nos vamos a amar... así que...¡¡ esperame no te comprometas con nadie por favor!! -lo que provocó la risa de ambos.

–Mirá Juan, yo siempre me he guardado de hacer comentarios, porque no sabía bien qué podía decirte, que no te lastimara ni te diera falsas expectativas; pero quiero confesarte que me ha halagado mucho todo lo que me has dicho antes y ahora, todo lo que me escribiste. Me sirvió y me sirve de mucho en mi vida, me ayudaste a reforzar mi autoestima... veo en vos un ser muy especial... moderado, respetuoso, valiente por haberme expresado lo que sentías, y fundamentalmente, la forma en que lo hiciste.

–Sí, yo nunca quise incomodarte.

–Y nunca lo hiciste, porque entiendo que lo tuyo es genuino, y eso nunca hace daño –dijo Adyna con voz emocionada.

–Yo no quiero interferir en tu vida más allá de lo que ya lo hice; ¡a menos que te enamores de mí! –reímos los dos-; pero a la vez no quisiera perder esos encuentros en donde todos nos nutrimos y crecemos.

–¡¡Por supuesto!! Siempre estuvo todo claro; además, el tema espiritual me está pegando fuerte. Quiero aprender más y siento que vos tenés mucho para transmitirme... yo tampoco quiero perder los encuentros.

–¡Qué bueno! Creo que voy a poder manejarlo sin mezclar las cosas... En todo caso, te lo diría y me alejaría.

–Seguramente no va a ser necesario. Sos una persona en la que se puede confiar y no sos ningún zarpado al que haya que estar poniéndole límites.

–Vos me hiciste soñar... pero entiendo que no todos los sueños son para que se cumplan. A veces, un sueño muy intenso, más allá de que algo te haga despertar –señalo su panza y reímos ambos-, es la única forma de transitar un tramo difícil de tu vida; a veces, un sueño es tan solo para darte la oportunidad de seguir y alejarte del dolor, y así poder recomenzar.

–Se aprende mucho con vos.

–No lo sé... Tal vez solo sea esta diferencia de años que te llevo, y un camino recorrido algo más largo.

–¡¡No!! No es tan solo eso; vos sos un ser especial... y no malinterpretés lo que voy a decirte, pero creo que quien te conozca, no dudaría en elegirte.

–¡¡Gracias!! Me halaga y además conforma a mi ego, que hacía tiempo quería oír algo así!!! –nos reímos y luego se instaló el silencio.

–¿Y que tal tu viaje? –preguntó Adyna.

–¡Hermoso! Lindo por donde lo mires: paisajes, lugares, la gente, las comidas... He tenido charlas muy interesantes, sanadoras, profundas; he compartido experiencias de vida con distintas personas que ayudan a trascender lo propio... La verdad: ya tengo ganas de volver –reí.

–¡Qué bueno!... Con Lila tenemos agendadas consultas.

–Magnífico: nos juntamos y charlamos.

–Sí, hablo con ella y nos ponemos de acuerdo para seguir las ¿sí?

–¡¡Sí, claro!!

–Nos vemos –confirmó Adyna.

–¡¡Nos vemos y gracias!!

–¡¡A vos!!

Hubo un beso de despedida y una mirada que me llenó el alma... aunque noté en sus ojitos un dejo de tristeza que no alcancé a definir; era algo que opacaba su brillo natural.

La charla con Adyna había sido muy sincera, pero Juan había ocultado su verdadero sentir. Emocionalmente, estaba transitando los días más difíciles de su vida. Iban ya veinte meses de su separación con Nadya y, si bien a esta altura, ya era su opción NO elegirla, todavía le quedaba sanar esa relación y terminar de aceptar.

La mayoría de los amigos, como era lógico, ya no estaban tan presentes. Quedaban Manu el Negri; y aunque siempre estaban cuando

tenían que estar... obviamente no era todo el tiempo, y a Juan la soledad le pegaba duramente.

A la relación con sus hijos no la sentía lo cerca que la necesitaba, pero entendía que los cambios también los había alcanzado a ellos, y su transición a la adultez se lo hacía aún más difícil. A Juan le costaba el despegue y tener que cambiar la forma de relacionarse con ellos. Debía aprender a ir tan solo a la par, acompañándolos, sin incidir en las elecciones de sus propios caminos.

¡¡Y ahora esto!!... Tenía que soltar el sueño que lo había mantenido vivo.

El acercamiento con Adyna, y que ella fuera conociéndolo, había sido un gran logro para sus aspiraciones, era parte de las circunstancias que tenían que acontecer para que, en el futuro, tuviera chance de estar con ella... Pero su embarazo lo cambió todo... y debía renunciar a ese sueño.

Interiormente, tenía una gran confusión: ¿Cómo soltaría ese sueño con ella y a la vez compartiría esos encuentros de charlas espirituales? ¿Cómo podría disfrutar de esos momentos de encuentros sabiéndola inalcanzable? ¿Como se iba a desamorar de ella si no cortaba de raíz todo lo que lo unía?

Él siempre se iba acomodando a las circunstancias y renovaba su sueño, lo reinventaba..., pero esta vez era distinto: ¡¡no hallaba la forma de soñarla!! Entendía que un hijo podía atarla a su relación con Teo (a pesar de todo) por mucho tiempo, y la diferencia de edad que tenía con Adyna le hacía ver que hay cosas que toman más tiempo del que él podía esperar.

La desesperanza lo había invadido por completo. Él sabía que los amores recíprocos suceden, no se obligan; y hoy eso no podía ocurrir.

Solo le quedaba dejar de soñar, y esperar que la realidad se le manifestara de una forma ni siquiera soñada.

TERCER ENCUENTRO

- ¡Hola Lila! –saludó Juan con alegría.
- Hola Juan, ¿Cómo estás?
- Bien, gracias... ¡¡Hola Adyna!!
- ¡¡Hola!!... ¿Todo bien? –interrogó Adyna.
- Sí, claro... ¿Y cómo va tu pancita? –preguntó Juan, poniendo la mano sobre el abultado vientre.
- ¡Creciendo! –comentó la joven con una sonrisa.
- ¡Por lo que veo, ya debes tener cambiado tu centro de gravedad! –opinó Juan, sonriendo-. ¿Ya sabés de qué sexo es?
- ¡¡Sí!! Ella es Sol –dijo Adyna mirándose la panza.
- ¡Es un nombre con mucha luz! –opinó Juan, y todos rieron. –Y vos Lila, ¿Tenés planes con tu marido? –preguntó Juan.
- Y, en eso estamos; queremos que haya primos que crezcan juntos –respondió la interrogada.

Juan, a pesar de su herida, disfrutaba el momento igual que Lila y Adyna. La afinidad entre Adyna y Juan era evidente. Lila, por supuesto, captaba esto y, sin entender bien porqué..., lo veía con buenos ojos.

- ¡Trajimos preguntas! –anunció Lila con entusiasmo.
- Ojalá pueda responderlas –rió Juan-. Dale.
- Hoy somos, aproximadamente, siete mil millones de habitantes en la tierra, por lo tanto hay igual cantidad de espíritus encarnados –comenzó Lila.
- Sí –asintió Juan.

—¿Qué va a pasar cuando seamos diez mil millones?... O al revés: en un determinado momento éramos cinco mil millones. ¿De dónde salieron los dos mil millones de espíritus más que hay en este momento? —prosiguió Lila.

—Para empezar, el mundo espiritual es muy vasto y tiene la capacidad de “proveer” espíritus, no solo a este planeta sino a todos aquellos mundos del universo en los que haya vida —explicó Juan.

—Ampliá, por favor —pidió Lila.

—Es al revés: existe un superávit de espíritus queriendo encarnar. La tierra tiene en estos momentos siete mil millones de vacantes cubiertas; y si un espíritu quiere encarnar aquí, deberá esperar a que alguna pareja engendre un nuevo ser y se produzca esa “vacante” necesaria para poder alojarse. De la misma manera, puede elegir hacerlo en cualquier otro mundo donde existan seres, llamados también unidades biológicas, capaces de albergar un espíritu conceptual como el nuestro. En los distintos mundos, existen seres iguales a nosotros, o sea homo sapiens, similares o muy diferentes morfológicamente hablando, y en muchos casos son capaces de tener alojado un espíritu como el nuestro.

—Muchas películas reflejan eso —recordó Adyna.

—Claro. En algunos casos podrán ser inventados, pero hay otros en los que suelen ser influencia de los recuerdos de otras vidas, que un noventa por ciento del espíritu puede transmitirle al diez por ciento - en forma más o menos consciente- de aquel que escribió el guión de la película por ejemplo.

—Tiene lógica —comentó Adyna.

—Otra cosa más: el universo se está expandiendo; y mientras esto ocurra, pueden crearse nuevos espíritus, por lo que ningún ser vivo va a quedarse sin su correspondiente espíritu —completó Juan.

—Todos los seres vivos tienen espíritu —razonó Adyna.

—Así es.

—¿Pero diferentes? —insinuó.

–Claro... Los distintos espíritus tienen mayor o menor concepto, y eso define en qué tipo de ser pueden encarnar. El espíritu de un perro o un gato tienen menos concepto que el nuestro, pero a la vez tienen mayor concepto que el de una gallina por ejemplo... por lo que el espíritu de un perro no podría encarnar después en una gallina o un ser humano

–O sea que eso de que evolucionamos encarnando en piedra, vegetal, animal y luego humano ¿no es verdad? –quiso saber Adyna.

–Al menos no para mi formación y mis conocimientos, pero todo es respetable, porque para otras culturas esto es fundamental... En realidad nadie puede atribuirse la verdad absoluta –respondió Juan.

–Claro... es un tema complejo la evolución –acotó Lila.

–Sí, **la evolución es un camino, y como todo camino, uno debe recorrerlo con la atención puesta en cada instante, en el presente.**

–Y con tanto por aprender... Ahí encaja el concepto de la reencarnación –meditó Adyna.

–Tal cual. Más allá de que el espíritu puede elegir hacerlo o no porque tiene libre albedrío –confirmó Juan.

–Claro, pero el mundo físico brinda otras posibilidades de aprendizaje y evolución –reflexionó Lila.

–Sin dudas... Y no te olvides de los sentidos. Los sentidos que tenemos siendo humanos y que no existen a nivel espiritual, ya que un espíritu no siente sino que conceptúa –explicó Juan.

–No deja de ser una tentación encarnar –opinó Adyna.

–Claro... Es más: hay espíritus que encarnan solo para vivenciar el mundo de los sentidos y los placeres físicos, eso está a la vista en muchas personas... Y nadie dice que esté mal –aclaró Juan.

–Y determinados karmas, también pueden llevar a encarnar, ¿verdad? –preguntó Adyna.

–Sí, por aprendizajes o misiones que liberen al sujeto de ciertos karmas, a veces la mejor vía es llevarlos a cabo estando encarnados... El karma es la perfecta ley de equilibrio que rige nuestro universo, que

orienta, ayuda al espíritu en su camino de evolución... **“El karma es lo que hace que hoy estés en esta vida tal como estás”.**

–¿Cómo recapitularías todo esto que hemos venido charlando? ¿Por qué no nos hacés un especie de... resumen? –sugirió Lila.

–Dale... pero después les tomo examen –contestó Juan mientras reía-. En realidad, este conocimiento es una herramienta más y habrá a quienes les sirva y a quienes no. Mi función es dar a conocer esto que aprendí, entregar el mensaje... ¿Qué hace el otro con esto?... No depende de mí y **no hay que hacerse problema por lo que no depende de uno.**

–No siempre es fácil tomar las cosas así –expresó Adyna.

–Sin dudas... a mí me cuesta horrores lograrlo –confesó Juan.

–¿A quién no? –intervino Lila.

–Entonces: somos seres espirituales viviendo una experiencia humana, con un rol que no posee memoria reencarnativa, para así poder vivir sin los condicionamientos que una vida anterior podría presentarnos. Este rol, con un diez por ciento del espíritu encarnado, recorre un pedacito del largo camino del espíritu y desaparece cuando morimos. Solo queda nuestra esencia, se vuelven a juntar ese diez por ciento que estaba encarnado y el noventa por ciento restante y vuelven a ser espíritu ciento por ciento en el plano suprafísico correspondiente: luz o error, según sea su vibración, más sutil o más densa. A esta vibración, la determinan: nuestras acciones, omisiones, pensamientos... todo incide directa y automáticamente. La ley universal del karma se encarga de equilibrar, de orientarnos y ayudarnos en nuestros aprendizajes a lo largo de toda la existencia que tenemos como espíritu, ya sea que estemos o no encarnados. Dios no castiga, ni condena, ni premia... Nada es permanente: somos nosotros mismos los que, con nuestro libre albedrío, creamos nuestro futuro. La vida es CAUSALIDAD. Nuestro espíritu existe, el mundo espiritual existe y podemos comprobarlo “conectándonos”, aprendiendo a escuchar nuestro noventa por ciento, a nuestros guías, o a través de algún buen médium. Lo espiritual, tiene que ver

con comprender y mejorar el aquí y ahora... Todos somos importantes, todos podemos aportar algo...el SERVICIO es la clave.

Y si bien la evolución es intrínseca al espíritu, esta no debe ser meta sino consecuencia de lo que hagamos.

Les reitero, hay algo más que forma parte de nosotros mismos y que no podemos negarlo por no poder verlo o tocarlo: es nuestro espíritu... De hecho tampoco tocamos ni vemos las ondas de radio ni las de un microondas... ¿Las aburrí mucho con mi discurso?

–Nooo...¡jes que todo es tan revelador!! –dijo con entusiasmo Adyna.

¡Es un conocimiento muy rico! ...Llevará tiempo madurarlo –afirmó Lila.

–¡¡Gracias Juan!! –dijo Adyna.

–¡¡Sí, muchas gracias!! –completó Lila.

–Gracias a ustedes tres (señalando la panza con una sonrisa), por escucharme e interesarse... No son muchos los que me ponen la oreja –concluyó Juan, riendo.

Otro bello momento compartido con las chicas, disfrutando el placer que me producían las miradas y sonrisas de Adyna. Vibraba en sintonía con ella; sin dudas éramos espíritus afines, eso probaba nuestra atracción... más allá de las barreras que imponía el mundo físico.

Corrían los meses. Adyna estaba arraigada en el corazón de Juan, pero él debía intentar vivir sin ella en la realidad. Le resultaba muy difícil, la veía en todos lados o más bien la buscaba en lo que veía a la distancia... En alguna mujer veía su pelo, en otra su rostro..., pero cuando se acercaban se daba cuenta que no eran más que espejismos... Para Juan, Adyna estaba ahí, siempre estaba ahí: en su cabeza.

Cuando se daba la ocasión, se relacionaba con alguna mujer, y hasta se divertía, pero no lo hacía a menudo, no era lo que buscaba; tan solo aprovechaba las oportunidades más manifiestas y siempre y cuando esa mujer le agradara al menos en algún aspecto.

Juan entendía, según lo que sabía, que su espíritu y el de Adyna eran afines y que podía ser que la función del espíritu de Adyna tan solo fuera la de alejarlo de su crisis, de ayudarlo en ese trance... Entendía, interpretaba que podía ser así..., pero aún no lo aceptaba. Su amor por ella no lo dejaba aceptar. Y así transcurría su vida: vacío, solitario, sin tolerar lo que le tocaba vivir.

El embarazo produjo en Adyna una disminución de su deseo sexual, lo que generaría más roces con Teo. La distancia y el malestar eran evidentes. Ella se sentía incomprendida y él “desatendido”. Esto, de alguna forma, estimulaba a Teo para ir, más frecuentemente, en búsqueda de quien, a esta altura, ya era su amante.

Los descuidos de Teo hicieron que una de las mejores amigas de Adyna se enterase de sus infidelidades.

Sin medir consecuencias, esta amiga corrió a decírselo a Adyna. La quería mucho, y no podía guardarse esto que era mucho más que un simple comentario. Su fuente era indudable y, sumado a esto, el poco

aprecio que le tenía a Teo, le dio el coraje suficiente para descubrir esta realidad ante ella y así, dejar a Adyna ante esa encrucijada.

¡Fue una noticia fuerte! ¡¡Dura para Adyna!!, pero no totalmente sorpresiva. Ella había notado en Teo sus cambios de conducta, de horarios, de costumbres, que hacían que él estuviese menos tiempo en el hogar. No era descabellado lo que la amiga le estaba confesando.

De todos modos Adyna, con su moderación acostumbrada, no tomaría acciones repentinas. Lo primero que hizo fue llamar a Lila. En su hermana-amiga siempre encontraba el apoyo para cada momento. Este era uno muy difícil y especial.

Al encontrarse con ella, Adyna le relató tal cual lo que su amiga le había develado. Enseguida notó la falta de sorpresa de Lila; entonces intuyó y preguntó:

—¿Vos ya lo sabías, no?

Por supuesto que Lila no lo negó y aprovechó la oportunidad para charlar al respecto.

Lila le dijo que se enteró de esto al mismo tiempo que ella le estaba dando la noticia de su embarazo; y que con Carlos habían resuelto ocultárselo hasta tanto diera a luz al bebé y así evitar la posible angustia que podría ocasionarle una noticia de este tipo durante el embarazo.

Le hizo saber que Carlos sabía esto, porque era él quien tenía los datos de la infidelidad de Teo; datos que, por otra parte, coincidían en su totalidad con los que la amiga de Adyna le había brindado.

Ahora, a Adyna le cerraban cosas, como la falta de euforia de Lila ante la noticia de su embarazo, la seriedad en el rostro de Carlos cuando se encontraban, los desaires y conductas de Teo.

Lila y Carlos se habían sacado un gran peso de encima: no habían tenido que ser ellos los que le dieran la “primicia” a Adyna. Pero de todos modos, ahí estaba la querida hermana, con su embarazo de cinco meses, asimilando —o al menos intentando asimilar— la noticia; y viendo cómo resolvía la situación.

Adyna y Teo habían estado mucho tiempo juntos; pero cuando se daña la confianza, y no tan solo por presunción sino por hechos concretos y comprobables... todo se derrumba.

Esa noche de viernes, Adyna esperó a Teo sin tener la cena lista como lo hacía habitualmente. Cuando él llegó fue lo primero que notó, porque tampoco había planes previos de alguna salida.

Sin rodeos y con firmeza, Adyna lo puso al tanto de lo que se había enterado respecto de sus infidelidades.

La primera reacción de Teo fue negarlo contundentemente y hasta con altanería, como es la habitual reacción de los infieles. Pero por los datos precisos que Adyna aportaba, tuvo que rendirse a la verdad que ella conocía.

Intentó defenderse justificando su accionar por el alejamiento de los momentos de intimidad que había provocado el embarazo..., pero Adyna, otra vez con sus datos puntuales, descubrió las mentiras haciéndole reconocer por los hechos, que su infidelidad era anterior al embarazo.

Las mentiras de Teo no hacían más que afianzar la determinación que Adyna había tomado.

Ella no podía saber si su decisión sería definitiva, pero entendía que nada bueno puede construirse sobre la mentira y el engaño... y mucho menos, una unión que perdure.

Fue así como le dijo:

—Hoy me voy a casa de Lila... Voy a estar ahí por todo el fin de semana, para darte tiempo a que tomes tus cosas y te vayas de casa hasta tanto resuelva cuál será mi decisión definitiva.

Teo, abortó, le juró cambios, le pidió por su hija, reconoció su error..., pero Adyna, muy lejos de ceder, no hizo más que ratificar su resolución, determinando firmemente que ese próximo lunes no lo quería en la casa.

Adyna seguía adelante, corrían los meses y el embarazo avanzaba a pleno. Nunca se dejaba embargar por la tristeza... Sol, era su fuente de energía para afrontar esa vicisitud.

Teo no hacía mucho más que llamarla telefónicamente de tanto en tanto o de enviarle algún que otro mensaje para enterarse de cómo iba el embarazo... nada comprometido. Eran contadas las ocasiones en las que habían estado frente a frente. Teo, con tibias insistencias; Adyna, firme en su postura.

Tal vez, algo de inmadurez en él hacía que no tomara conciencia de los hechos. Estar disfrutando de los beneficios de su "libertad" hacía que apartara su atención de sus responsabilidades en esta etapa, y que desperdiciara las vivencias de los momentos irrepetibles que brinda la experiencia de ser padre desde el momento en que se engendra un hijo.

Caty estaba al tanto de todo lo que iba aconteciendo.

Conocía acerca de las reuniones de Juan con Lila y Adyna; sabía que habían charlado con Adyna después de que Juan supo lo del embarazo. Ella conocía a los dos, los escuchaba por separado. Sabía perfectamente lo enamorado que Juan estaba de ella, y conocía la moderación de Adyna y lo cauta que era.

Caty entendía que esta separación momentánea no cambiaría mucho el accionar de Adyna: primero, que no era una decisión definitiva y, además, la condición de su embarazo era determinante: Adyna no daría paso a un sentir nuevo en esta situación, más bien controlaría sus emociones por genuinas que fueran.

Caty lo veía claro: Teo la había defraudado y Juan, con su serenidad, su calidez y su espiritualidad, le había despertado algo nuevo, distinto... pero que hoy por hoy no iba a atreverse a experimentar.

Me enteré por Caty de la infidelidad de Teo y de la determinación de Adyna, al enterarse, de tomar distancia de su marido separándose momentáneamente.

Me tranquilizó saber que, a pesar de su embarazo, por el que podría encontrarse algo más sensible de lo corriente, ella estaba fuerte y segura con lo que había resuelto y sobrellevaba muy bien la situación.

No iba a alegrarme por esta noticia. Adyna no estaba pasando un buen momento y eso me importaba, pero claro... si en mis sueños estaba ella, esta circunstancia era absolutamente necesaria para tener alguna posibilidad en el futuro, por lo que mi esperanza resurgía.

Se encontraron con Adyna en la entrada de una pizzería de la ciudad. Ella, con sus amigas; Juan, con Manu y el Negri. Mientras esperaban que les asignasen mesas, comenzaron a charlar en grupo. No tardaron mucho en ubicarlos, y mientras los amigos iban yendo a las respectivas mesas asignadas, Adyna y Juan se quedaron a solas unos minutos más.

Hablaron del presente de Adyna, de la separación, de cómo se sentía, de Sol, que crecía perfecta en su panza... A Adyna le quedó claro que Juan no se aprovecharía de las circunstancias ni de las debilidades del momento. Conocía su esencia, y sabía que los ofrecimientos para ayudarla en este trance eran auténticos; no estaría cerca para perturbarla... además del conocimiento de causa que Juan tenía por estar viviendo su propia separación desde hacía ya un largo tiempo.

Juan tomó sus manos, se las apretó suavemente y con una sonrisa le auguró:

—¡¡Vas a estar bien!!

Y se despidieron mirándose a los ojos.

Ya había entrado el verano y Solcito empujaba fuerte para salir de donde estaba. No se hizo esperar mucho: ni bien comenzó enero, Adyna dio a luz.

Todo continuaba más o menos igual. Yo moría por verla, pero no la buscaba, no correspondía, debía dejar que ella hiciera su experiencia tal como le surgiera, sin presiones. Solo habíamos tenido unos pocos encuentros ocasionales antes de que naciera Sol.

Como era lógico, a partir del nacimiento de Sol Teo empezó a acercarse frecuentemente y compartía tiempos con Adyna y la bebé. Se mostraba cambiado y daba la sensación de haberse despertado el “instinto paternal”.

De alguna forma, sutil o no tan sutilmente, solía presionar a Adyna para que reviera su postura y la rectificara. Él quería volver, pero era obvio que esto había surgido a partir de la presencia física de Sol y no por el genuino deseo de compartir la vida con Adyna.

De todos modos, Adyna veía todo esto con claridad.

En ese momento, no tenía ninguna intención de reestablecer su relación con Teo, pero le pesaba la idea de que su hija creciera sin la presencia del padre.

Caty, que era pro Adyna-Juan –más aún en esta circunstancia de soledad de la reciente mamá-, se las ingenió para que Juan fuese a su casa aquel día en el que Adyna estaba visitándola con Sol.

Fue así como Juan conoció a Sol, una pequeñita ya de tres meses con los ojitos iguales a los de su mamá... ¡¡maravillosos!! Adyna le había contado a Caty sobre sus dudas respecto de lo que sentía por Teo, pero que a la vez se debatía en el dilema: si debía intentar o no convivir nuevamente con él, con el fin de que su hija creciera con un padre presente.

Caty no la alentaba en esto, porque creía que Adyna no debía renunciar a su vida en pos de algo que ni siquiera tenía la certeza de que

fuera lo mejor para Sol, además del poco aprecio a Teo, por los engaños y desconsideraciones hacia Adyna. No se lo decía abiertamente, pero Adyna sabía interpretar los silencios. Juan se enteró de todo esto por medio de Caty, que se lo confió una vez que Adyna se había ido.

El encuentro había sido grandioso. Juan disfrutaba mucho de los momentos compartidos con Adyna. Caty estaba feliz por haber visto reír mucho a Adyna ese día y al ver la grandeza de Juan, que dejaba de lado su propio sentir por ella para apoyarla y dejarla en libertad para que aclarase sus emociones.

Esta postura de Juan hacía que Adyna lo admirase cada vez más.

La dedicación de Adyna como madre y el tránsito de su crisis matrimonial, habían hecho que aquellas lindas reuniones que compartieron los tres, quedaran en “stand by”.

Juan tenía sus esperanzas renovadas... y esperaba.

Me llamó Lila. Lo que me contó era trágico. Estaba muy apenada y sin consuelo.

Días atrás había muerto el hijito de una amiga, de poco más de un año y medio, en forma repentina y totalmente sorpresiva, debido a un problema congénito que no le habían detectado con antelación.

Lila estaba desesperada y pensó que tal vez lo que yo le había transmitido en las charlas podría servirle también a su amiga. No podía entender la situación ni los porqué..., pero intuía que, viéndolo desde el costado espiritual, tal vez podría encontrársele algún sentido a una tragedia así.

Me pidió si podría charlar con ella para darle alguna explicación desde mis conocimientos.

Por supuesto que acepté, pero le sugerí que estuviera presente ella también para que la afligida madre se sintiera más contenida.

Lila habló con su amiga y concretamos una cita para días más tarde. De este encuentro también participaría Adyna, ya que ella quería estar presente para compartir ese momento tan especial.

Ese día Adyna llegó a casa algo más temprano de lo que habíamos acordado. Me dijo que Lila estaba yendo a buscar a su amiga para venir a la cita. Comenzamos a charlar:

—¿Y cómo está Solcito? —pregunté.

—¡¡Divina!!

—¿Cuánto tiene, ya?

—Diez meses... Está siempre intentando pararse tomándose de las sillas, de los muebles... Creo que va a caminar antes del año.

—Vas a tener que empezar a mover los objetos que se rompan para que no queden a su alcance.

—¡Es que ya empezó a romper! —y ambos reímos.

—Y... ¿Cómo estás vos?

—Bien... Todavía con muchas cosas indefinidas.

—Por ejemplo ¿qué?

—Es que... Teo se ha acercado mucho a Sol en este tiempo y de buena forma; me pide... quiere que volvamos a convivir.

—¿Y qué sentís vos ante eso?

—En realidad, yo aún no sané la herida que me provocaron sus infidelidades... Mis sentimientos hacia él cambiaron, y mucho; pero... siempre me gira en la cabeza la idea de que me gustaría que Sol crezca con un padre presente en todo lo cotidiano... y se me hace difícil resolver esto.

–Se te hace difícil porque los sentimientos hacia él son una cosa y lo que te une y sentís por Solcito es algo completamente diferente.

–Y sí... es así.

–Mirá, en el momento de tomar decisiones, siempre es mejor hacer aquello que sentís. Eso no implica que la decisión tomada sea la correcta... uno de todos modos puede equivocarse; pero en tal caso, en el futuro podrá enmendarse el error. Cuando uno elige gana cosas y pierde otras: hay que poner todo en la balanza.

–Sí, tal vez deba darme algo más de tiempo.

–¡Si es lo que sentís...! –acotó Juan risueñamente.

–¿Y vos? ¿Cómo estás?

–Bien... Sin demasiados cambios ni en mi vida ni... en mi sentir.

Interrumpe el timbre... eran Lila y su amiga.

Lila presentó su amiga María a Juan, quienes se abrazaron sin decir palabras. María es una mujer joven, que tenía el rostro algo tenso. La existencia de su otro hijo, de seis años de edad, la mantenía estoica. Luego de un ratito de charla informal, Juan comenzó a expresarle aquello que sabe.

–Mirá María... Yo entiendo que el conocimiento puede llevar a la comprensión, aunque comprendiendo probablemente no puedas quitar tu dolor; pero sí, tal vez puedas sobrellevarlo de la mejor manera posible. Lo que yo vaya a decirte no va a ser “la verdad absoluta” ni mucho menos, ni siquiera voy a poder explicarte exactamente lo sucedido... pero sí, puedo darte una interpretación de cómo funcionan las cosas.

–Está claro... gracias.

–Nuestra esencia es espiritual, somos un espíritu en evolución teniendo una experiencia humana. En el curso de esa evolución, un espíritu puede encarnar tomando un determinado rol: Einstein, Jesús...

Lila, María... y a través de este rol aprender, vivenciar, gozar, enseñar. Todos somos maestros y aprendices a la vez. Todos tenemos cosas por aprender, todos podemos enseñar. Lo que tenemos que aprender puede relacionarse con el Karma. Karma es básicamente: lección por aprender. Por favor, interrumpime si se te escapa algo o cuando quieras preguntar.

—Sí, dale.

—A veces, tenemos lecciones por aprender y se manifiestan circunstancias para orientarnos a ese fin determinado del aprendizaje específico. Por ejemplo: Nace un bebé con una afección cardíaca grave... y uno se pregunta: ¿Qué pudo haber hecho esta criatura para merecer esto?

—Y sí... es lo primero que pensás.

—A priori: ¡inexplicable!... La operan una, dos, tres veces y ahí va, por la vida, con toda esa experiencia a cuestas. Uno no lo entiende, visto desde la vida presente..., pero viéndolo desde el contexto en que un espíritu ha tenido muchas, muchas vidas... tal vez, en una de ellas, no conforme con la vida que llevaba: se suicida. ¿Qué pasó? Despreció la vida, no la valoró; entonces, más tarde, vuelve a encarnar y toma un cuerpo con una afección cardíaca para luchar, para aferrarse a la vida, para aprender a valorarla. Esto sería un ejemplo para un propio aprendizaje.

Otro. A veces, hay espíritus maestros o entidades angélicas que encarnan un ratito (como puede haberlo hecho tu hijo), para ayudar a otros a que aprendan su lección. No puedo saber a ciencia cierta cuál puede ser tu caso, pero algo que lo ejemplifica sería: vos, en otra vida, abandonaste a un hijo o lo hacías mendigar o nunca te ocupaste en lo más mínimo de él... lo despreciaste. Esta pérdida de hoy, puede hacerte más consciente de lo que un hijo significa y CAUSALMENTE, tenés otro hijo al que le podrás brindar todo lo que esté a tu alcance... Sería la oportunidad de aprender aquella lección pendiente.

—Se entiende... - dice María con lágrimas en los ojos.

—O sea que el karma o esa lección pendiente, ¿puede alcanzarte en cualquier vida? —pregunta Lila.

–Exacto –confirma Juan–. Incluso podrías decir: pero esta experiencia no encaja con mi vida, yo no hice las cosas para merecer vivir esto... Lo que uno no sabe es que era “una materia previa” y que si aparece para “rendirla” ahora, es porque estamos preparados para hacerlo.

–Aun sabiéndolo, es difícil transitarlo –dice Adyna.

–Por supuesto. Aquí somos humanos y el rol pesa muchísimo..., pero los roles pasan y se terminan con cada vida. Yo, Juan, dejaré de existir por siempre ni bien muera, pero la buena noticia es que los espíritus afines evolucionan juntos y van compartiendo vidas a través del tiempo: como hermanos, amigos, padre-hijo, abuelo-nieto; y así vamos encontrándonos y desenchándonos.

–Como en la vida –comenta Lila.

–Siempre terminamos en lo mismo... como en la vida. –Y todos sonríen con serenidad.

La charla ya mostraba sus efectos. María estaba más distendida y sin ese rostro apesadumbrado de cuando había llegado. Tuve la sensación de que estos conceptos iban a servirle.

Después de un rato más de charla, Lila y María se marcharon. Adyna no atinó a irse. Iba a quedarse algo más de tiempo.

Ya estando a solas me dijo:

–¿Qué es lo que sigue igual en tu sentimiento? –me preguntó Adyna.

–¿Cómo?

–Lo que charlábamos antes de que vinieran las chicas. Me decías que no tuviste demasiados cambios ni en tu vida ni en tu sentir...

–Es que yo... siento que mi afinidad con vos va más allá de lo que es este “rato de vida”. Es tu energía el imán que me atrae hacia vos, esto

ya te lo he dicho; es algo natural, no puedo hacer nada para evitarlo... Uno no elige de quién enamorarse, simplemente pasa... Además, dejé que mi sueño volara mucho aun con las barreras reales que iban apareciendo; creció demasiado dentro de mí, en tal forma que ya no puedo controlarlo, y viene a mí aún cuando no quiero soñarlo. Pero tengo que soltarte... Vos estás en un estado de transición en tu vida, resolviendo temas importantes en los que yo no quiero influir. Es necesario que tus elecciones sean libres... ¿De qué me serviría persuadirte de algo que tal vez no sientas? –contesté con toda sinceridad.

–¡Sí que siento!! Vos despertaste en mí muchas cosas: con tu forma de ser, de pensar, de sentir... de decir; me hiciste pensar en qué tipo de relación de pareja podríamos llegar a tener; fortaleciste mi autoestima haciéndome ver claramente que siempre es mejor ser quien uno es y que cuando se gana con eso, se gana de verdad... Me hiciste sentir una reina con todo tu corazón volcado en los escritos que me dedicaste... pero...

–¿Pero?

–Tengo una hija y hoy es prioridad para mí; tengo que definir –a mi criterio, equivocándome o no- lo que crea mejor para ella... y no me importa a lo que tenga que renunciar.

–No podría reprocharte nada... Yo también, en su momento, prioricé a mis hijos: no le di cabida a un sentimiento por una mujer, que en aquel entonces empezaba a crecer –evocó Juan.

–¿Y creés que te equivocaste?

–No lo sé... tal vez nunca lo sepa. No tengo forma de comparar esta realidad con lo que hubiese sido... Solo elegí hacer lo que sentía en aquel momento.

Jamás Adyna y Juan habían mantenido una charla tan comprometida, con tantas miradas intensas que ponían al descubierto el corazón y el sentir de uno y otro.

Se iba. La acompañé hacia la puerta, que estaba a diez o doce pasos de donde estábamos. No pudimos darlos más lentamente; prolongábamos la charla mientras caminábamos y nos deteníamos. Ya al lado de la puerta y aún sin abrirla, comenzamos a despedirnos, y al momento del saludo, ella apoyó lenta y suavemente su mejilla sobre la mía y me dio un beso que rozó la comisura de mis labios. Separamos nuestras caras, nos miramos de frente en silencio absoluto, nuestros rostros estaban serios... fue una eterna mirada de cuatro segundos. Teníamos nuestros brazos extendidos, le tomé una mano, luego la otra, y mientras seguíamos mirándonos fijamente a los ojos acercamos nuestros cuerpos hasta juntarlos... inclinamos las cabezas y sentimos por primera vez nuestros labios, de forma suave, como para probar la textura y el sabor... Volvimos a mirarnos. Tomé su nuca con mi mano y lentamente acompañé su propio movimiento para juntar nuestras húmedas bocas semiabiertas hasta fundirlas... Nos volvimos a separar para mirarnos; no pudimos evitar un tercer beso, algo más corto en cuanto a tiempo, pero no menos intenso.

Hubo un silencio un tanto breve...

—Juan, esto es... ¡maravilloso!... pero no quiero que nos involucremos más que hasta aquí; mientras tanto, yo resolveré qué hacer en forma definitiva.

—Sí, claro, me parece bien. De todos modos, ya cumpliste un pedacito de mi sueño —y ambos reímos.

—Sos increíble Juan... Tengo que irme.

—Claro..., pero antes dejame cumplir otro sueño.

Me miró sin entender, esperando saber cuál iba a ser mi pedido. Solté sus manos, que todavía estaban sujetas por las mías, y abrí mis brazos en señal de que tan solo quería abrazarla. Se le agrandó la sonrisa y nos apretamos sintiendo la energía que emana cuando el amor está presente.

Con la cabeza encima de su hombro, intentaba mantener los ojos abiertos. Mi emoción era muy grande y me conozco... pero parece ser norma que para sentir los momentos más intensos uno debe cerrar los ojos; y pasó lo que presentía... Ni bien los cerré, las lágrimas rebalsaron. No quería que me viera así, pero tampoco había forma de que no volviésemos a mirarnos.

En cuanto lo hicimos, largamos una carcajada: su cara estaba tan mojada como la mía... Otro abrazo... le dije algo más y nos despedimos con un chau mirándonos a los ojos, mientras le abría la puerta.

Finalmente, fue en diciembre cuando la besé.

Juan nunca había besado a una mujer a la que hubiera soñado tanto.

Sabía que nada estaba dicho, pero siguiera como siguiese esta historia, no olvidaría ese beso ni aún perdiendo la memoria.

Adyna ya no tenía dudas de su sentir por Juan. Había vibrado con el beso. Todavía no tenía nada resuelto, pero su hija pesaba mucho a la hora de decidir.

Pasaron los días, las semanas, y no teníamos ningún contacto. Yo no sabía cuándo habría una definición, pero intuía que no se prolongaría mucho en el tiempo.

Cierto día por la mañana, me llegó un mensaje de Adyna. Quería hablar conmigo y me pedía si podía salir un momento del trabajo para encontrarnos en una determinada esquina. Nunca me enviaba mensajes, excepto cuando acordábamos aquellas reuniones que hacíamos.

Yo sabía que lo que iba a decirme era importante, pero el hecho de no haberme citado en otro contexto me hacía dudar de que la respuesta fuera la esperada.

No nos habíamos visto desde aquel sublime beso.

Nos encontramos.

—Hola Juan.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien... Mirá Juan, no voy a dar vueltas a lo que tengo que decirte. Lo pensé mucho y me cuesta horrores renunciar a la posibilidad de iniciar algo con vos. Me hubiese encantado intentarlo: hoy siento que funcionaría, pero... entiendo que más importante que mi propia felicidad es que Sol se desarrolle con la presencia del padre en el hogar. Es a lo que aspiro, y mañana no quisiera reprocharme no haber intentado que esa posibilidad se concretara.

—¿Y cómo estás con él?

—No es el mejor momento, pero tampoco el peor; él, está bastante cambiado. Quizá haya aprendido algo en esta distancia que tomamos.

—Quizá.

—Yo... voy a apostar a que me hija tenga a su papá en casa e intentaré recomponer mi relación de pareja con él, a pesar de todo lo que pasó. Sol en diez días cumple su primer añito y quiero que ese sea el nuevo punto de partida con Teo... Esto aún no se lo dije a él.

—Sos valiente; vas a enfrentar una situación que no te va a resultar fácil. Te la jugás por lo que creés mejor para tu hija y eso habla claramente de lo que sos... No me equivoqué en fijarme en vos. Me va a

costar mucho soltar esto que siento... Creo que vale la dicha de luchar en la vida por todo aquello que uno quiere... aunque no lo logre; porque **fracasar no es no obtener al logro, fracasar es no intentarlo**. Yo disfruté mucho de soñarte, disfruté tus miradas, tus sonrisas, de cada momento compartido... y tengo incrustado en mi alma ese momento en el que te sentí mía... No me arrepiento de nada.

–Yo agradezco que hayas entrado en mi vida; aprendí y aprendo con vos y también me va a costar soltar eso que empezaba a crecer en mí por vos.

–Ahora voy a soltarte y voy a hacer que sientas que te solté, para que puedas vivir sin cargas: no quiero ser ningún tipo de lastre en tu vida.

–¡¡¡Nooo!!! ¿Cómo va a ser lastre un amor tan sincero y profundo como el tuyo?... Claro que duele vivir esto... y lamento no estar lo suficientemente despejada como para elegir y estar segura de no equivocarme..., pero ¿quién tiene certezas en la vida, no?

–Adyna, te deseo lo mejor. Ojalá que el tiempo te haga ver que no te equivocaste y puedas disfrutar de la familia por la que hoy apostás.

–¡¡Gracias!! Yo también te deseo lo mejor. Si la vida tan solo te devuelve según lo que sos... vas a estar muy bien.

–¡¡Gracias!!

Nos abrazamos en silencio y nos despedimos sin mirarnos a los ojos.

Dí unas vueltas por ahí para soltar mi pena, antes de volver a mi trabajo.

Juan era de observar el cielo por las noches. Sabía que se veía más estrellado a mayor ausencia de luz. El observarlo en esas condiciones, podía llegar a mostrar otra realidad; sabía que **la oscuridad puede hacer ver aquello que no se aprecia a plena luz**. Este era un momento oscuro para Juan: debía darse tiempo para adaptarse a esa oscuridad y así poder ver.

El Negri estaba... siempre estaba, más aún en estos momentos.

Algunas tardes acompañaba a Juan entre mates y charlas o en salidas nocturnas a cenar o a compartir una copa en algún bar.

“La vida es incompleta, pero de todos modos se puede disfrutar de lo mucho que uno tiene”, le decía... y claro, Juan sabía esto, pero no era ningún hipócrita como para andar con una sonrisa de maquillaje. Sabía que el dolor era parte de esto y que debía transitarlo... justamente, transitarlo, sin quedarse en él..., pero no le era fácil.

Los cambios de actitudes de Teo y el amor que se habían tenido llevaron a que Adyna generara esta posibilidad de recomenzar. Pero es sabido que para el presente se necesita el amor de hoy... no el de ayer.

ADYNA

Sol crecía.

Los primeros tiempos de convivencia eran buenos. Adyna y Teo disfrutaban de Sol. Se divertían con los despertares de su crecimiento y gozaban de su amor y ternura. Las vacaciones en familia y los paseos a los lugares de diversión infantil mostraban a una Sol muy feliz; y eso les hacía ver la vida de otro color.

Adyna había logrado, en parte, lo que se había propuesto: Sol tenía a su padre presente; pero la calidad de la relación de los padres no era del todo buena, como tampoco era bueno que Sol percibiera esto en forma permanente.

Todo transcurría entre roces, distanciamientos y buenos momentos, pero nunca plenos. El trabajo, lo cotidiano y las atenciones a Sol enmascaraban la realidad y hacían “durar” la pareja, inmersos en la monotonía que sumerge el desamor.

Sol, con sus tres años, llenaba de amor a su madre; pero Adyna no dejaba de plantearse: ¿hasta dónde debía llegar su intento? ¿Cuánto tiempo demandaría restablecer una relación? Tampoco quería vivir en la hipocresía, con una pareja que, hoy, sentía que no la amaba... ¿O terminaría acostumbrándose?

JUAN

Iba sin buscar.

Disfrutaba de aquello que la vida le proveía de a ratos. Mantuvo un par de relaciones temporales. Una, de seis meses; otra, de nueve, en las que encontró algo de afinidad, compañía y disfrute..., pero nunca se enamoró ni dio tiempo a que se enamoraran de él –sabía del amor no correspondido–.

Ese “amor ideal” que soñó con Adyna era difícil que alguien pudiera suplirlo.

El trabajo siempre representó en Juan un espacio diario importante. Primero, por necesidad, luego por costumbre, y hoy lo usaba para llenar un poco el vacío que generaban algunos momentos de soledad.

Intentaba vivir más el presente y, cuando se daba la ocasión, disfrutaba de los momentos compartidos con sus hijos, sus viejos, sus amigos...

Le producía mucho placer viajar y conocer gente nueva con otra idiosincrasia y siempre, siempre... escribía.

Fue un tiempo de muchos y nuevos aprendizajes para Juan, que en la medida que los iba capitalizando, lo hacían crecer como ser.

Fue tiempo de soltar su sueño y vivir más el día a día, dejando fluir... sin expectativas, para que, en tal caso, la desilusión no lo alcanzara.

Por entonces, su máximo elixir radicaba en la ACEPTACION, que era la base para poder disfrutar aquellos momentos de felicidad que la vida le ofrecía, aun estando incompleto. **ACEPTAR no es resignarse, ACEPTAR es no someterse a una lucha vana por algo que no depende de uno.**

La vida le estaba dando a Juan la oportunidad de trascender sus vivencias y vivir según entendía la existencia, con la sabiduría que aportan las experiencias.

A lo largo de este tiempo, Adyna y Juan se encontraron casualmente en contadas oportunidades. Solo habían mantenido cortas charlas de ocasión en las que ninguno indagaba al otro acerca de su vida.

Caty era el nexo. A través de ella se enteraban de lo más importante que les acontecía a uno y a otro... De esa forma, se interiorizaban sin interferir.

Caty no se entrometía; con su amor, solo acompañaba, y dejaba que el destino fuera el responsable, sin que su propio deseo tuviera ninguna influencia.

Viene a mi mente aquel día en que nos besamos con Adyna y recuerdo haberle hecho alusión a aquellos dos renglones que forman parte de “Cerca de vos”:

***... y será real la ilusión
En la realidad o en la ficción***

Solía ir a escribir al parque de mi ciudad, un amplio espacio natural lleno de árboles y con un río que lo atraviesa.

Aquel día estaba yo en una de esas mesas fijas que están esparcidas por todo el predio; inusualmente, cerca de los juegos infantiles.

Era una de esas tardes de principio de verano confortables, apacibles.

Un vehículo llegó y estacionó a escasos metros de mí.

Alguien, una mujer, descargó del baúl una pequeña bicicleta. Yo no estaba prestando demasiada atención; sin embargo la figura de la mujer que me daba la espalda, atrajo mi mirada... me resultaba familiar. Ni bien se puso de perfil... ¡¡¡Siiií!!! ¡¡¡Era ella, Adyna, bajando del auto a su pequeñita de cuatro años!!!

Hacia nueve meses se había separado definitivamente de Teo. Yo, por supuesto, estaba enterado, pero no la había visto desde hacía más de ese tiempo.

Nos vimos, nos saludamos con la linda sorpresa de vernos. La invité a tomar unos mates que recién comenzaba a cebar... y sin distraer el cuidado de la pequeña Sol, que correteaba y bicicleteaba por ahí, comenzamos a charlar:

–¿Cómo estás? –le pregunté, risueño.

–¡Bien, muy bien, gracias! ¿Y vos?

–Bien... escribiendo... ¡Qué hermosa está Sol!

–Sí... qué puedo decir yo ¿no? –comentó riendo.

–¿Y cómo va tu vida? –inquirí, sin pormenorizar.

–Bien... superando mi crisis; algo similar a lo que vos viviste hace ya algunos años.

–Sí, me enteré... ¿Y cómo llevás el proceso?

–Bien... Lo mío no fue algo abrupto e inesperado, como fue tu caso; pero de todos modos es doloroso y hay que trascenderlo.

–Sin dudas..., pero cuando aprendés a ver, te das cuenta que el dolor dura tanto como vos quieras.

–Sí, lo entiendo así, pero a veces caer y sufrir cuando te gana la angustia es bastante lógico.

–Tan lógico como necesario para aprender... Del dolor se aprende, es ¡¡duro, exigente!! Pero es un gran maestro.

–Lo bueno es que tengo claro por donde quiero ir... o más bien diría que tengo claro adónde no quiero volver.

–¡¡Eso está bueno!!

–En realidad, lo que tengo más claro es por quién ya no tengo sentimientos de amor. En su momento, elegí un padre presente para Sol relegando... bueno, esto lo sabés... y no me arrepiento de haber tomado esa decisión porque era lo que sentí hacer en aquel entonces. Ahora, la realidad es otra, hace nueve meses que no estoy con Teo. Entendí que él, desde su lugar, deberá construir su relación con Sol independientemente de mí. Entendí que puedo darle todo a mi hija desde otro sitio, sin renunciar a mi vida personal.

–A veces es lo más conveniente.

–Es que uno quiere lo mejor para sus hijos, pero no siempre lo mejor es que sus padres estén juntos... Además, esto también puede servirle de ejemplo a ella, porque tomar la determinación de terminar una relación implica valor y coraje para hacerlo, hay sinceridad... más allá de que inevitablemente habrá dolor.

–Tal cual.

–No quiero aburrirte con esto...

–No, por favor... ¿Sabés cuántos me pusieron la oreja y se bancaron mis bajones en su momento? –y reí ante el recuerdo.

–¿Y la tuya?... Tu vida digo, ¿Por dónde anda?

–Nada especial: trabajar, escribir... disfrutar lo que la vida me dé...

–¿Y tu... corazón? –preguntó ella tímidamente.

–¡En el mismo lugar de mi cuerpo! –respondí riendo. Después de recomponerlo, hubo un par de intentos, pero nada permanente... No es fácil hacer realidad aquel sueño que soñé con vos. A decir verdad... ¿Mi corazón? No lo sé... Tal vez esté en el mismo lugar –y la miré intensamente a los ojos. ¿Y el tuyo?

–Casi recompuesto, solitario... y tal vez, con ganas de saber sobre la veracidad de aquello que pudo haber sido...

La afinidad energética, vibracional, espiritual... permanece más allá de las circunstancias. Eso era lo que había mantenido la empatía entre Adyna y Juan, más allá del tiempo transcurrido.

Este era su presente. Estaban libres, había ilusión en sus miradas. Ambos pretendían una relación sana, fresca, transparente, de confianza y respeto, de entrega... de amor recíproco...

“LA ÚNICA CERTEZA ES LA INCERTIDUMBRE”

Firmado: **LA VIDA**

ÍNDICE

Nada me impide	28
Un puente	49
Cerca de vos	50
Adyna allá... Juan acá	64
Mariposa	67
Primer encuentro.....	76
Segundo encuentro.....	80
Viaje a Colombia	87
La encontré en la calle	92
Tercer encuentro	96
Adyna.....	119
Juan	120

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Febrero de 2015